

Tomás Harris

# Encuentros con hombres oscuros



editores





## Tomás Harris

Nació en La Serena el 3 de junio de 1956. Se tituló como profesor de castellano en la Universidad de Concepción en 1982. Es profesor de redacción periodística en la Universidad de Santiago y dirige talleres literarios de cuento y poesía.

Ha publicado *Zonas de peligro* (1985), *Diario de navegación* (1986), *El último viaje* (1987), *Alguien que sueña*, *Madame* (1987), *Cipango* (1992), *Noches de brujas y otros hechos de sangre* (1993) e *Historia personal del miedo* (cuentos, 1994).

Su poesía aparece incluida en varias antologías y ha sido parcialmente traducida al inglés y al sueco.

(Continúa en segunda solapa)



Ch861 Harris, Tomás

H Encuentro con hombres oscuros / Tomás  
Harris. -- Santiago: RIL editores, 2001.

110 p. -- 21 cm.

1 POESÍAS CHILENAS

2 LITERATURA CHILENA



© Copyright 2001, by Tomás Harris

Departamento de Derechos Intelectuales de Chile

ISBN 956-284-189-8

RIL editores ®

El Vergel 2882, of. 11, Providencia

Tel. (56-2) 2238100 - Fax 2254269

ril@rileditores.com - www.rileditores.com

Diseño de portada: Cristián Silva Labra

Diagramación: Marisol Frías Landeta

Impreso en Chile - *Printed in Chile*

Derechos reservados



Tomás Harris

ENCUENTROS  
CON HOMBRES OSCUROS



Para Teresa



*¿Quién convocó aquí a estos personajes?  
¿Con qué voz y palabras fueron citados?  
¿Por qué se han permitido usar  
el tiempo y la substancia de mi vida?  
¿De dónde son y hacia dónde los orienta  
el anónimo destino que los trae a desfilar frente a nosotros?*

*Álvaro Mutis: Caravansary*



ZOMBIE

## I. ENCUENTROS EN EL TIEMPO

*¿Cuánto tiempo nos queda, y no sentimos  
dolor, ni peso ya?*

Gottfried Benn



## ZOMBIE

Pasear por los cementerios sordo ciego sin mente,  
las noches después del aguacero,  
barro en las botas, pensando en las no-horas,  
en mi puerco Destino Manifiesto,  
brillante mi cadáver mis gusanos mis orquídeas,  
pasear entre tarros oxidados sabiendo que estoy muerto, que  
apesto,  
que soy Lázaro sin remedio por una maldición que ni  
recuerdo,  
entre lápidas lívidas que contienen mustias trabas,  
goznes, jirones de remembranza,  
al unísono, tres, siete, nueve  
lamentos, mi mujer, mi Doble, mi perro Diógenes;  
cómo saber quién de mí hizo este zombie  
en esta urbe de odios brujos, turbulentos:  
pongamos aquí un par de viudas negras, lloronas  
a sueldo, como ramera derretidas en el altar,  
y huellas, son mis huellas entre las lápidas,  
y cruces de hierro, óxido y esmalte y mármol y adormideras,  
u otra flor alucinante, son muchas las flores alucinantes,  
pero ya no las recuerdo ni sus nombres,  
sería inútil, ahora evoco solamente mi no-vida,  
cómo se han cavado, socavado  
en mis sesos tantos cementerios clandestinos, fosas  
ignotas,  
lagunas de aguas muertas, huesos yermos, enjalbegados,  
albicantes en el imposible horizonte,  
ejercicios estériles para convocar esas mesetas  
de piedra caliza;  
pero hay otroras, sí, no hay duda  
que hubo tiempo;  
pero pasear así por los cementerios es revolver con un palo  
de hueso los sucios pantanos del Ello,



y extasiarse con las fugas de los gemidos de la muerte áurea  
en Tenochtitlán, de los sollozos, del desierto,  
de las islas-prisiones,  
del silencio de los esclavos invisibles en Macchu Picchu  
/o las madres de mayo;  
esa música cenicienta  
que nos trae de vez en cuando  
el viento de las eras, para solaz de la muerte,  
del hemisferio de la muerte  
que habita acurrucada en el nido  
que le prohijamos en la mente, cuando teníamos mente,  
todo eso cuando crío,  
en plena gramática de la necesidad según Bachelard:  
la leche;  
para que no haya olvido  
o para que el olvido renazca a cada fulgor lunar,  
o a cada marea poniente,  
entre las lápidas tamizadas de percebes fosilizados,  
cuando el mar cubría el cementerio, en lo remoto,  
en días cenicientos de un cielo glauco,  
amordazado por Dios;  
¡Ah! Este pasear lento del zombie, con paso de jubilado  
/de un exterminio  
entre los incómodos pinos ahuecados,  
agusanados, lerdos, purulentos,  
bajo el tropel de tierra y pétalos de adormideras metafísicos,  
polen de opio sobre cada lágrima  
cristalizada en esta tierra parda de olor y ardor,  
de inestable armonía con el olvido;  
muertos-vivos  
que no son convocados por nada,  
ni por mente ni por tabla ouija o esófago,  
son las más lastimadoras,  
las que más duelen algunos días a la semana,  
evocadas por la tragedia griega o por algún circo pobre,  
o las carpas de los gitanos,  
paraguas volcados en las cunetas,



agua de albañales, barcos de papel ensangrentado,  
cosas que no tienen relación, arrebujaadas por la tragedia griega,  
vale decir por el horror sin conmiseración;  
pero sí con las máscaras mortuorias que sobrevuelan las lápidas,  
la fría y marmórea de Blake para la eternidad  
(*Eternity is in love the productions of time*)  
la congelación de la muerte en yeso para el uso  
y el abuso de los conciudadanos del Leteo.  
Oremos para que este sacrificio.  
Y éstos, los otros, los muertos menos ilustres, los insepultos  
como el cadáver de Polínices mordisquedo por los perros  
y los buitres.



## EL HOMBRE QUE BEBÍA DEMASIADO

*Et tu bois cet alcool comme ta vie  
ta vie que tu bois comme une eau de vie.*

Apollinaire

I.

Hubo una madrugada sentada sobre mi pecho oprimiendo  
con sus nalgas oxidadas mi duermevela y un cielo que se sacudía  
de todas sus constelaciones como un perro sus pulgas friolentas  
en esa misma madrugada sin techo que cobijara sus fantasmas  
/desfallecidos,

una madrugada como diosa oquedal sobreviviente a la matanza  
/del paganismo,

una madrugada así donde creí que inventaba la sed.

Recuerdo mis manos temblorosas  
en el acuario lívido de esa madrugada  
donde nadaban como peces jabonosos  
buscando una botella en cuyo fondo vacío  
se resumían las formas del Universo.

Recuerdo mis manos en la tembladera,  
incapaces de pacer como dos mansas bestias  
sobre cuerpo de mujer ninguno, dos flores marinas  
agitadas por el alcanfor de la sed,  
dos nenúfares, dos corales, mis temblorosas manos,  
en esa madrugada donde yo inventaba la sed, la primera sed.  
Yo soy el hombre de la primera sed  
porque inventé en mí la sed.

Yo soy el hombre de la primera sed,  
antes de mí ninguna sed se expandió



hasta el tamaño de la bola del mundo,  
hasta el tamaño de las inaccesibles constelaciones,  
del tamaño de Orión, de Omega, de Alfa Centauro,  
mi sed galopó aguijándole los ijares sudorosos a Alfa Centauro,  
acezante, relinchando,  
media hombre, media caballo, centauro  
jadeante, espumosa,  
ola que no halla costa donde morir su hervor,  
mi sed se desató con la primera explosión,  
con cualquiera de los inicios del Universo,  
de Génesis en Génesis errabundos por libros sagrados de mustias  
/civilizaciones.

Al principio, era apenas una humedad  
insinuada en las raíces primordiales de los helechos,  
pero se desató como esas tormentas de agosto al sur del mundo,  
esos aguaceros sin más aviso  
que el viento norte y el aroma a plesiosaurio  
sobrenadando las nubes grises,  
esas tormentas que desatan a la multitud  
despavorida en las ciudades  
entre las luces de los autos  
y los reflejos que confunden lo real y lo aparente,  
lo dual y el reflejo, el cristal, el espejo y lo reflejado,  
y se expandió mi sed por los núcleos informes,  
que hervían amalgamados en los pantanos  
del Primer Día de la Creación y ardí de garganta en garganta  
de los primeros organismos insinuados en lo informe,  
antes del mismo ADN ya estaba posada mi sed  
en su taburete de cristal glauco, acuoso,  
en el tiempo bárbaro de las licuefacciones,  
y se vino espirituosa por los hipotéticos  
torrentes sanguíneos de la humanidad recién apareándose,  
se metió entre esas cópulas niñas, torpes, hermafroditas,  
de sexos entreverados con el barro,  
hasta desembocar en los torrentes sanguíneos  
en istmos temblorosos,  
de glóbulo en glóbulo,



una viuda vinagre montada en un esparadrapo,  
un ponche orgánico,  
mi sed se detuvo en la garganta de los primeros desesperados,  
en praderas fetales,  
mi sed navegó sobre los dones de todos los diluvios menguantes.  
Mi sed con alma propia  
muda desolada agreste  
oscilante con la perplejidad del bruto  
exasperada  
entre las ferias y los malecones.  
Yo soy el hombre que tuvo sed una mañana mustia  
de un mes derruido  
en una hora detenida  
en un segundo coagulado  
en un instante resec o de un día varado en el Mar Muerto.  
Había madrugadas, había noches, había tardes, había mediodías,  
en los que despertaba en una playa  
una playa de zarzas incendiándose,  
y abría mi boca y mi garganta  
era una especie de vulva reseca,  
el sexo del cadáver de una muchacha muerta en esa playa,  
el sexo de una muchacha  
muerta hacía algunos días semienterrada en la arena,  
(una muchacha asesinada por un padre celoso)  
cubierta de huiros,  
aristas de botellas rotas y percebes en sus muslos,  
del que emergían corales, esporas, pedúnculos,  
sargazos de alcohol puro  
que comenzaban a trepar como hiedra  
por unos acantilados de cartón piedra, falsos,  
hacia un cielo de nubes pedregosas,  
hacia un sol blanco,  
un ojo nublado cuyo iris era mi propia garganta desflecada  
que cubría el panorama numinoso inverso de la playa  
donde el día anterior se había librado una batalla sangrienta,  
un desembarco atroz,  
y eran cadáveres o sandías reventadas, podridas,



papel higiénico, astillas,  
algas mustias, un pequeño monstruo marino  
adobando sus vísceras al sol, hojas de afeitar ensangrentadas,  
y los pájaros costeros correteando sobre mi cuerpo,  
persiguiendo los flujos y reflujos de la resaca,  
la madre resaca, la resaca madre.

Porque hay borracheras, como hay mujeres,  
que pueden cambiar nuestra vida.

Porque hay borracheras, como viajes,  
que pueden quedar tatuadas en nuestro destino.

Porque hay borracheras, como viejos sabios,  
que pueden susurrarnos koanes  
en nuestros oídos.

Para desvanecerse a la mañana siguiente,  
donde sólo es real la sed.



## II.

He trepado a la cima de la representación de una pintura  
—y no tendría gracia si no fuera sólo una representación,  
y me he sentado desnudo, trémulo, crepuscular en el deseo  
sobre las filigranas doradas de su marco:  
Allá, allá lejos donde habita el olvido  
y en el espacio dorado de su Mundo Hiperreal,  
como un cristal menguado de sol adyacente  
a la más aturdida soledad,  
un hombre vestido con una chaqueta de cuero  
de cabeza jibarizada  
idéntica a la que cuelga en una percha de mi closet,  
acodado sobre la tabla lisa,  
la tabla lisa de todo naufragio,  
un vientre de ballena adosado al sol de la mesa patinada  
de brillo que obnubila la visión  
de corazones tallados de sangrientos amantes,  
se aferra al vaso,  
junto a dos botellas de whisky Black and White,  
y el sifón, vacíos, frente al otro vaso, el de Nadie,  
con el que bebe.  
Es el bebedor solitario sumergido en el desamparo  
de los destellos del llameante conjuro  
del Demonio cristalizado en Soledad=Alcohol.  
Y a pesar de su mirada  
perdida en la mirada del Otro que es Nadie,  
el ausente,  
El Absoluto de su compañía hecha Cosmos,  
el Vacío, y el inadvertido temblor de su puño,  
ya que el puño alcohólico no puede temblar en una  
pintura hiperrealista,  
dado que ésta no propende al movimiento  
—curiosa contradicción de la nomenclatura y los efectos—  
este hombre al que podríamos llamar un Hombre Oscuro,  
es, para mí, el más puro Héroe,  
sin pena ni gloria,



una fábula de cuerpo plagado de gusanos invisibles  
que le susurran canciones  
o coros y corifeos de tragedias anónimas al oído,  
porque aunque esta pintura parece acrecentar el silencio  
desde la luminosidad,  
central, cenital y lateral, a la vez,  
si ponemos un poco de atención,  
es decir si hacemos del ojo una sinfonía,  
quiero decir si damos lo que el alcohol da al ojo  
para hacer de la descomposición de los colores  
una gran proporción de acústica,  
escucharemos las voces,  
oiremos los susurros del drama que gesta  
esa mente incendiada,  
mitad padre, mitad hijo,  
en el diálogo con la aguja raspacachos  
de su primitivo fonógrafo cerebral:  
¡Cómo mira sin ver y escucha sin poder interpretar  
con su deseo las voces  
superpuestas!

Pero escucha con atención y tiene mucho miedo  
de oír lo que las voces le van diciendo a su cuerpo  
desde una porción de su propio cuerpo  
que se le ha desasido, y se ha hecho llama,  
estalactita, ojos de caracol mutante, baba, gusano,  
semen revolviéndose inquieto en una fosa común  
de encajes femeninos y fermentidos.

¿Y qué le dicen las voces,  
su propia desarticulación de voces  
como una pedrada en el centro mismo de los sonidos neonatos?  
Le hablan, sin duda, de la búsqueda incansable  
de un trecho de hierba donde echar el cuerpo,  
le hablan arrítmicas de la búsqueda de la Tumba Prometida,  
de la pirámide de cartílagos y cuerdas que permanece  
en un punto inexacto  
del océano, adonde no puede nadar con tanto alcohol  
en el cuerpo,  
en sus inyectados ojos sulfúricos que no ven, pero oyen.



Bien podría ser un despojo adorable,  
sino fuera una llama en extinción;  
y sería un fuego resplandeciente,  
si no estuviera enfundado en un cuerpo;  
y haría bien siendo su cuerpo y su funda de piel  
escrutada por el polvo,  
si no hubiera algo de alabanza en su semblante,  
si, al fin, sólo mirara por sus ojos y sus ojos fueran leves,  
terriblemente leves como las antenas de los insectos,  
como las alas desflecadas de las mariposas nocturnas;  
pero más son élitros de grillos,  
porque al frotarse entre sí no ven el panorama  
desolado de la mesa desnuda,  
de las dos botellas de whisky,  
del sifón de soda desolado,  
y el vaso que aguarda por sí Mismo:  
quiero decir que escucha en los colores  
como lágrimas de trigo,  
primitivos asesinatos, niños desollados,  
él mismo ha sido, es, un niño desollado,  
el desconsuelo de ser un cuerpo púrpura que se descolora,  
se apaga, se agosta,  
agotado,  
aunque trata de alzar un poco el vuelo al golpe de otro trago,  
un poco halcón, un poco paloma,  
un tanto animalito, otro poco hembra,  
mientras deambulan voces y su cuerpo  
es rodeado por la infranqueable alambrada de púas  
del embotamiento;  
y tan fino halcón y hembra, se ha  
transformado su propio cuerpo  
en un campo de concentración desierto,  
con él ahí como el único prisionero  
que ha de pagar por el Holocausto cometido  
por todas las cofradías y sus otros séquitos ocultos.  
Y piensa, si acaso puede decirse  
que la representación que se realiza en su mente



es algo como el pensar,  
mientras las poleas de sus intestinos bailotean  
desde la conmisericación al vómito, piensa,  
diríamos piensa:  
“Que alguien se apiade de mi entusiasmo,  
allá, allá lejos donde habita el olvido”.



## EL AUDAZ

*A Gerardo y Diego, sigilosos,  
similares jugadores.*

La mesa de billar era un rectángulo que contenía  
todo el universo de la ciudad y más,  
en el musgo raído y pringoso de su tela  
yo me acodaba, águila, lince, búho, hurón, pantera,  
en esos años cuando soñaba con mujeres pantera,  
panteras negras que se escurrían entre los autos  
y los lúgubres  
neones que chisporroteaban entre los tilos y Ceres,  
en la plaza de armas de Cathay  
transhumada por los perversos  
mecanismos del recuerdo,  
de traer al corazón esas negras panteras  
de los más profundos ojos,  
más criminales que el verde  
de las mortales esmeraldas  
en las sulfurosas selvas de Colombia,  
como siempre, a esta hora,  
en el Primer Día de la Creación,  
panteras que me den su beso fatal, deseaba,  
y no esas niñas tristes, esas impúberes putas,  
decayendo desde el erotismo a la necesidad  
en las batientes y tristes puertas del billar;  
pero entonces yo era joven y bello,  
aún no tenía este garfio, esta garfia de acero  
en el brazo izquierdo, siniestro,  
ni el parche que recubre poroso



las heridas del absurdo,  
las heridas metafísicas,  
las heridas que ni siquiera sangran,  
ni manan pus o icor  
para aliviar el órgano fantasma que aún arde,  
las heridas a deshora, al después de toda hora criollo,  
y tenía los ojos celestes como Paul Newman  
en *El Audaz* y era audaz como Paul Newman  
en *El Audaz*  
y soñaba que me rompieran  
las coyunturas de los dedos  
en un miserable billar de Brooklyn o del Infierno,  
como se los habían roto a Paul Newman  
en un miserable billar  
de Brooklyn o del infierno, daba lo mismo,  
los salones de billar ardían como el Infierno,  
como los bares arden infernales  
y es hermoso ser ahí el condenado,  
el aprendiz de brujo que seca una botella de ron  
de un trago  
y echa la quince de cangrejo en la tercera jugada;  
pero entonces yo era joven y tenía los ojos celestes  
como Paul Newman en *El Audaz*  
y era audaz y deseaba a las panteras negras  
soñando agazapadas  
en los zócalos de la noche y la lluvia,  
las niñas putas, las miserables impúberes  
y mendigas putas  
que ocultaban la pantera y su marca,  
la pantera y su promesa del infierno,  
las panteras y sus dos esmeraldas fijas en la blanca,  
en el universo en expansión de números y colores,  
en su big-bang enardecido  
sobre el rectangular universo de musgo  
húmedo y pringoso  
de una mesa de billar de Cathay, al sur del mundo  
conocido y por haber;



pero yo deseaba el Infierno y tenía los ojos celestes  
y deseaba la enlutada 8 que valía su negro en oro,  
para poseer las negras panteras  
que deambulaban  
entre los tilos,  
sus pelajes húmedos y humeantes,  
lustrosos bajo la lluvia,  
y deseaba sus heridas sangrientas  
sobre sus lomos de gatas furtivas,  
de gatas gigantes e impúberes,  
entre las sombras y la lluvia,  
agazapadas tras las puertas batientes  
del salón de billar;  
entonces, yo era joven y audaz como Paul Newman en *El Audaz*,  
y a mis ojos no los nublaban estas densas nubes agoreras,  
de lluvias de aguas pesadas.  
En el Infierno están los bares y los salones de billar,  
en el Infierno están las panteras negras  
y sus ojos y sus esmeraldas  
y sus marcas surcándoles el lomo brillante  
como mapas del mundo  
sobre carbón piedra hirviente,  
y en el Infierno está el Deseo y sus inagotables  
fórmulas y receptáculos  
idos de conexión en conexión  
desde mi mente hasta el rectángulo verde,  
el terciopelo y el musgo,  
y los caracoles mutantes de las bolas,  
babosas, estelares, duras como asteroides  
pulidas por el deseo del punto de bola,  
del milímetro exacto,  
del golpe duro, de la percusión perfecta  
de un 8 que cae seco, negro,  
en el hoyo negro del fondo,  
en el hoyo negro que puede arder  
en el carbón piedra de las panteras



humeantes de la plaza  
en plena selva chisporroteante de traslúcidos neones.  
Yo estoy ahora de pie en sus babas y sus materias,  
con el taco firme entre mis manos y el humo denso  
que se va en guedejas albas  
desdibujando la máscara picada de viruela  
del Mongol,  
que no sonrío,  
y no se saca el cigarrillo de entre los labios  
amoratados de noche y tinto,  
y no deja me mirarme aunque ya haya muerto  
hace tantos años,  
y las raíces de los arbustos del Cementerio General  
ya sean unas con sus dedos mágicos,  
esos dedos fluorescentes y mágicos,  
aunque amarillos y ya carcomidos  
por el cáncer y la nicotina,  
los dedos del Mongol que sólo me miraba  
mirar la 13 y la salida precisa en los destellos  
verdes y blancos de la 14 y la 15 pagada,  
morada como el vino,  
sólo un suave soplo,  
al borde del acantilado de la buchaca;  
y, afuera, las panteras,  
las panteras niñas,  
las sigilosas feroces impúberes  
panteras negras humeando  
bajo la lluvia y el deseo,  
todo suspendido ahora en ese recuadro  
cubierto de humo  
y rezumante de alcohol,  
tapizado de sombras vagas de feroces  
jugadores ya muertos,  
de audaces de provincia jugándose el destino  
hora a hora,  
vale a vale,  
el Desparramado, el Tabo, el Manzana,



el Canta Gallo, el Negro Edú,  
con el corazón parchado y esponjoso de alcohol  
y lluvia,  
como yo,  
cuando tenía los ojos celestes como Paul Newman  
en *El Audaz*, y era audaz,  
mientras el Mongol me miraba inescrutable,  
midiendo el sueño de las bolas entrechocando  
por los salones de billar de mi mente,  
sin mover un músculo,  
sin sacarse el cigarrillo de la boca,  
esperando, aunque ya está muerto,  
paciente, como buen recuerdo, como buen Mongol,  
sólo esperando,  
desde el otro lado, en el verdadero Infierno,  
la traición de las panteras negras,  
de las impúberes panteras,  
y sus insaciables gruñidos, roncos, a mansalva,  
por mi Deseo humeante de  
sus curvados lomos frotándose  
en los troncos de los tilos,  
en los postes, en las columnas de Nada  
a la que se iba reduciendo la ciudad, el Universo,  
tras las puertas batientes del billar:  
(En el billar desierto  
donde las buchacas cuelgan  
como escrotos despojados)  
cuando era joven y deseaba el Infierno,  
cuando era joven y deseaba el Infierno,  
cuando era joven y deseaba el Infierno,  
suspendido en un recuadro claroscuro  
e impregnado de todo el humo,  
cuando mis ojos eran celestes  
como los de Paul Newman en *El Audaz*,  
y yo era El Audaz,  
y aunque me habían roto las coyunturas  
de mis dedos,  
y aunque me hubieran roto las coyunturas del alma  
mi punto de bola era firme y certero.



## II. ENCUENTROS EN EL ESPEJO

*...Que ya son de amantes espejos apagados.*

Georg Trakl



Anoche soñé con Kafka:

*no me leas, me dijo en el sueño,*  
si no me has leído; o no me releas,  
si ya me has leído  
y quieres recordarme  
un poco nuevamente.  
Guárdate mis señales,  
continuaba Kafka en el sueño,  
mis gestos y mis fraseos,  
olvídate de Milena, Felice, Dora Dymant,  
de la noche en el hotel de Gmünd, del sexo vano, del agobiado  
/cuerpo,

de mi destino de animal del bosque,  
libre de toda compañía abrupta, tiende mejor  
un manto de olvido sobre esos nombres,  
cobíjate en el cuerpo de tu mujer,  
mañana saldrá el sol impostergablemente,  
y no te deseo sombras,  
laberintos mentales,  
abotagamiento,  
tarros oxidados, piedras para  
patear por el camino hacia el trabajo;  
a todo esto, ¿dónde trabajas?

—Alguna vez fui profesor rural,  
otra vez fui profesor universitario,  
no me he tenido nunca como buen profesor,  
le miraba las piernas a las alumnas,  
estaban todas desnudas en el Aula Magna,  
menos como mejor maestro,  
me han expulsado de mi cátedra,  
ya varias veces y con el pelet puesto,  
sin mi peluca rapada  
ni mis gafas negras.



Pero menos rodeos: —bueno,  
yo era un topo  
tan grande como jamás he visto otro;  
ahora trabajo en la Biblioteca Nacional,  
nada que ver con Borges,  
en eso se equivocan mucho  
algunos amigos o conocidos,  
ni tanta lectura que me enrojecza los ojos,  
es la contaminación,  
los inclementes computadores  
las derrotas por el ciberespacio:  
¿Borges?, preguntó Kafka,  
ese tipo que tradujo tan mal mi repugnante  
Metamorfosis, como si la hubiera escrito él,  
dijo Kafka en el sueño,  
justo cuando lo iba a decir yo;  
sonrió, obvio que era una  
sonrisa amarga, de bilis negra;  
vamos, hombre, le dije,  
mañana tendré que releerte inevitablemente, creo,  
así operan los sueños.  
Relee a Freud mejor, me dijo Kafka  
justo cuando comenzaba  
a salir del socavón del sueño,  
y olvídame, vamos,  
es mejor que tomes una ducha ahora  
y mastiques el acostumbrado desayuno,  
pan negro, chocolate caliente,  
y una paletada de mantequilla,  
una paletada  
de mantequilla.



## LA MUERTE DE GINSBERG

*¡Cerebros! ¡Nuevos amores! ¡Loca generación! abajo en las rocas del tiempo.*

Allen Ginsberg

Si hubiéramos pensado esto sólo dos días atrás,  
o uno siquiera,  
cualquier día de los primeros de abril  
con los túmulos del otro atosigándonos los cuerpos,  
o más atrás, un quince o trece de marzo,  
aunque ya el mal ramificaba el hígado  
y el gusano prefigurador de la Nada mordisqueaba  
el fruto prohibido y enfermo  
y se expandía como savia por el árbol retorcido de poesía  
el veneno de la cirrosis,  
habría sonado a ciencia-ficción o imposible,  
como todo se aurifica de ciencia-ficción  
cuando muere un poeta amado  
y todas sus demás palabras tendrán ese apelativo  
de póstumo, que suena a vano, que huele a apócrifo,  
que exhibe impúdico el festín desnudo de lo inacabado,  
como una tumba espejeada de estrellas perennes.  
Pensar en algo así es  
pensar sobre mi propia muerte ya muerto,  
un cuento de hadas maléficas en la espalda del Hombre Tatuado,  
“un cuento de hadas malo, donde no se conceden  
los deseos, ni se mantienen las promesas”,  
relatos dentro de relatos en sus Mil y una noches de rascacielos  
y luminarias en lugar de desiertos y mezquitas,  
fantasmas burilados en la piel viva del castigado  
en la Colonia Penitenciaria de Kafka;



pero la Colonia Penitenciaria de Kafka no es metáfora del Mundo,  
no es metáfora de nada,  
el Mundo es la Colonia Penitenciaria de Kafka;  
y eso lo sabías muy bien, cuando ya a los 19 años proclamaste  
a los 4 vientos de USA que para nosotros  
eran apenas una imagen en una vieja sala de cine en la memoria  
rodeados de baldíos y mediaguas, hematomas en el asfalto frío:  
“He visto a las mejores mentes de mi generación destruidas por  
/la locura”...

y cuando pienso en estas palabras ya será tu más fantástico verso  
un lugar común repetido hasta la Epifanía  
por los juntacadáveres del Orbe y sus Agencias,  
en sus picos de rapiña ya se habrán hecho  
un bolo alimenticio y necrofílico  
tus primeros balbuceos aullados y disonantes;  
pero hay que repetirlo,  
la poesía y su historia, si la hay, no es más que la repetición  
del sonido del caracol nocturno,  
que sólo algunos pueden escuchar entre el rumor  
nocturno de los esteros desaguados de sangre, sudor, semen,  
todo derramado en las esclusas incandescentes  
de voces carcomidas por la comezón del viento  
en nuestras pieles desnudas y buriladas  
en los callejones nocturnos  
en los callejones nocturnos  
en los callejones nocturnos,  
todos sonámbulos endémicos, ¿recuerdas, Claudio,  
te acuerdas Carlos?  
los dos, tú, que moriste y tú que supervives.  
¿Te acuerdas, Roberto? ¿No te has olvidado, Alexis?,  
una sumatoria de lugares demasiado habitados por ojos abiertos  
pero deslumbrados por la noche  
y redistribuidos con algo de habilidad,  
juegos de manos y piernas y torsos y sexos  
entreverados con la imaginación y el deseo  
siempre temblando al borde del despeñadero de otra noche;  
pero para mi palabra tu palabra fue necesaria,



lo puedo decir ahora que eres uno más de la sociedad de los  
/poetas muertos,  
soledad, podredumbre, fealdad,  
tarros de basura y dólares inalcanzables  
para nuestros pueblos a la miseria,  
niños chillando bajo las escaleras,  
muchachos sollozando en los ejércitos,  
viejos llorando en los parques.  
Fuimos criados en el mismo convento  
por los mismos monjes cancerberos  
y en el mismo barrio con las mismas miasmas,  
salvo que tú por puritanos y yo por católicos,  
aunque ambos anheláramos el regreso de los dioses.  
Si no hubiese éstos y otros tantos aspectos en común,  
no habría sido necesaria tu palabra para mi  
poesía,  
ni tu poesía terrible para aliviar mis peores instantes,  
tus espejos a la medida de mis heridas y mis heridas  
a la medida de tus espejos deformantes:  
yo fui uno de esos que se hicieron quemaduras de cigarro  
en los brazos y en el pecho,  
tatuándome la Angustia en un destartalado hotel  
a la vera de las autopistas de la muerte  
aunque no para protestar contra la bruma del tabaco narcotizante  
sino sólo por la ínfima pena de muerte  
de desear los ríos prohibidos.  
Tal vez eso sea también una forma de injuriar a los pájaros  
/venenosos,  
a los perros corsos,  
a las serpientes que se niegan a cambiar de piel.  
Y ahora, ¿qué Esfinge nos continúa partiendo el cráneo,  
desde qué esquina aparecerá la imagen de Edipo  
con las cuencas de los ojos vaciadas, royéndonos los cerebros,  
qué Saturno de qué Goya nos devorará la imaginación?  
Estamos en el estadio del Agon y ya es muy tarde para inventar  
una nueva forma para la Tragedia,  
la catarsis y el horror se van esfumando entre los vahos



que recubren el horizonte cuadrado, muy cuadrado,  
donde se van asomando las cabezas cercenadas  
de los hombres huecos,  
de los hombres de lata,  
de los hombres fríos,  
de los hibernizados criónicos,  
el condenado a muerte de Genet,  
y los muertos por agua.  
Sólo puedo ofrecerte, por ahora, este treno de trasnoche  
y sin esperanzas de resurrección  
porque ser ateo no es elección, es fatalidad;  
un verso de Genet acude a mis dádivas mortuorias:  
“el viento hace rodar un corazón por el pavimento de los patios”...  
Y nosotros sabemos bien que es el corazón de  
un condenado a muerte y que Genet, el cautivo enamorado  
de ese condenado a muerte por el sublime y sólo hecho de ser  
un condenado a muerte.  
“El viento hace rodar un corazón”...  
el mismo viento que hizo rodar los mejores corazones de tu  
/generación,  
de mi generación,  
los mejores corazones de todas las generaciones,  
por el pavimento de la locura,  
por el pavimento del hambre,  
por el pavimento de la histeria,  
por el pavimento de todos los hospicios bajo la luna,  
buscando el único istmo posible,  
la única conexión palpable,  
el último refugio palpitante:  
“la ferocidad de un coito con cabeza de ángel”,  
mientras el viento hace rodar nuestros corazones  
por los patios desiertos de la colonia penitenciaria. Del mundo.

Abril, 1997.



## RIMBAUD

*Cada año doy un paso adelante y el mundo diez, atrás.  
Finalmente he quedado solo.*

Umberto Saba

Hube de regresar  
como un paquidermo agónico,  
rugoso, cetrino, luz aminorada mis ojos,  
dos lagunas celestes,  
altaneras madrigueras condenadas,  
ya casi a punto de extinguirse, de regreso a casa o al Infierno,  
que en este caso era  
el Hospital de La Concepción de Marsella,  
un sitio como hoja en blanco  
sobre la escarchada extensión de un páramo  
de palabras extintas como bisontes,  
con un diagnóstico de neoplasta  
en mi muslo derecho;  
pero que no era otra cosa que un pleonasma mental.  
Todo se dio como era de suponer  
cuando se levantó el telón  
de la Tragedia del Rey Adolescente:  
Yo que es Otro,  
en un miserable anfiteatro de Charleville,  
con sólo tres personajes en escena más mi ausencia:  
Nicolás, Isabelle y Vitallie, y un solo parlamento acallado  
por el rigor y la invariable  
equívoca represión materna: la de la ausencia  
invocada por el silencio.  
Con un lienzo que contenía un universo  
de perlas falsas y oro mal habido



como todo oro que se precie  
el que fui, el Vidente, daba gracias  
no se sabe bien si a Dios o al Diablo:  
y aunque en aquellos tiempos perdidos  
bajo mi tumba  
la ciencia de la prótesis sólo era un sueño  
tan áureo como el oro y enfebrecido por la gangrena,  
aunque algunos malparidos  
dicen que oraba por una pata de palo,  
abandonado del puto Verlaine  
y de la memoria de mis miserables contemporáneos,  
injuriado por el mismo Satanás,  
muy mal agradecido del que fue mi Doble  
en pretérito pluscuamperfecto:  
Luzbel, sin recordar ya que alguna vez,  
todos caímos tarde o temprano  
en la triste apostasía.  
Cuando era joven y hermoso, grité con toda la fuerza  
de la juventud y la hermosura:  
¡Es preciso ser absolutamente moderno!;  
y, lo que es peor,  
ignorante absoluto de las consecuencias  
posteriores de mi grito,  
de la incompreensión de los signos  
desatados tras mi grito,  
volúmenes y volúmenes escritos para mi posteridad,  
mis cartas abiertas mis cartas privadas,  
al torpe Demeny a los torpes mercaderes,  
camisetas con mi rostro de adolescente  
demasiado genial  
como para ser genial.  
No pude imaginar los ecos de los ecos del eco  
del deseo de mi grito,  
como tampoco Cristo pudo imaginar  
las consecuencias posteriores de sus Parábolas  
que, también, en lo más profundo de la garganta



del Hijo del Hombre, eran gritos  
hasta la linde misma de esa promesa.  
Con el mismo gesto de horror e inocencia  
del oligofrénico frente a las vísceras  
del cadáver que acaba de destripar,  
un cadáver hecho de letras,  
a la edad de 37 años, y con el culo a rastras,  
me abracé al blanco cuello de Isabelle,  
como Nosferatu se aferró,  
para acabar con la inabarcable eternidad,  
al cuello de Isabelle Adjani,  
esperando el canto del gallo,  
y me eché a morir  
como un decrepito vampiro desdentado.  
Dicen que mis últimas palabras  
fueron para pedir a Isabelle  
que rogara a Dios por mi alma.  
Dicen que dije innumerables últimas palabras,  
todas febriles por la morfina y su contraparte  
el dolor:  
Esta vida es una miseria, una miseria sin fin. ¿Por qué insistimos?  
Pero tal vez sólo bufé  
—la muerte va borrando los recuerdos  
de lo vivido—  
como los paquidermos rugosos  
regresando a sus desmesurados cementerios.  
Mi último aliento levantó  
una pequeña nube de polvo beige  
que cubría el terso cuello de Isabelle,  
que al final de esta historia,  
con esos giros en los papeles  
tan gratos a la Tragedia,  
era la vampira y no la vampirizada.  
O quizá deliré,  
por primera vez en mi demasiada lúcida  
o deslucida existencia,  
sin comprender el significado del delirio postrero,



con Baudelaire,  
con África,  
con el fruto dorado y sin sabor del oro,  
con la imagen de todos esos colonos de dril blanco,  
como yo mismo,  
manchándome las manos en un mismo amasijo  
de marfil, negras y oro,  
todo acuoso, sulfurado por el sol,  
bronceado por el deseo y el azar,  
con los viles esclavos negros  
que tanto llegué a detestar,  
con el emperador Melenik,  
que al fin y al cabo era mejor negociador que yo,  
debo reconocerlo,  
o creí, entre el semisueño piadoso de la morfina,  
que mis verdaderas últimas palabras fueron:  
“me será permitido poseer la verdad  
en un alma y un cuerpo”,  
ensoñando en esas horas imprecisas del alba  
ante la irrevocabilidad  
de la muerte,  
con la figura entronizada  
en un zócalo de los más abisales  
de un cerebro muy roído por el chancro,  
con una configuración  
de algo así como la “Verdad en alma y cuerpo”,  
pompas sanguinolentas de abortos de sueños,  
que estallan en la penumbra  
como el envés de la luz de las velas:  
en lugar de aquellas definitivas,  
que sólo servían para implorar piedad a Isabelle,  
la vampira enamorada,  
y seguramente un poco de agua,  
que es a lo que se reduce la figura del Deseo,  
y de eso no tengan dudas,  
para todos los moribundos.



Si el asunto es la Tragedia,  
 mejor terminar cuando el telón está abajo  
 y así evitarnos el miedo y la conmisericordia;  
 mi vida terminó  
 –y es inevitablemente morboso  
 reiterar en este punto–  
 en una cama de hospital, París, 1876:  
*Ne gent autor de son corps breu?*,  
 habría sido un buen epitafio,  
 aunque en estos casos,  
 cualquier epitafio suele ser bueno,  
 si el muerto se acercó en algún momento de su vida al Goce  
 y yo fui, a la vez, la herida y el cuchillo.  
 Ahora soy la calavera enamorada  
 en un cementerio abisal  
 bajo una lápida, donde,  
 todas las tardes del otoño,  
 se va recubriendo de variedades de hojas, rojizas o pastel.  
 La gente acostumbra a pasear por ahí,  
 en el infaltable rito del turismo necrofílico.  
 Mujeres rollizas, púberes e impúberes,  
 putas de Otros Mundos,  
 putas del Nuevo Mundo,  
 asiáticas y ebúrneas contonean sus caderas  
 entre tanta tumba célebre,  
 y sonríen, sin saberlo, a su propia muerte:  
 todo esto podría ser un cuadro de Renoir  
 en un período de decadentismo,  
 pero sin desnudo alguno,  
 aunque sería una terrena oración,  
 la gigante emplastada  
 y la montaña láctea de su pecho



y sus ojos fulgurantes entre las lápidas.  
A veces, un turista de Oriente se agazapa y dispara  
su Nikon sobre mi tumba:  
un relámpago amarillo a media tarde,  
que hace temblar la gelatina  
de los pechos de la gigante  
sin interrumpir mi sueño  
entre las lápidas y los castaños agostados.  
Después, el mismo oriental se aleja  
pateando las castañas de caballo  
llevándose un oxímoron de realidad,  
un falso y perfecto óleo de la lápida  
cuando cae la hojarasca  
como si fuera una lenta tormenta de nieve parda  
ya humedecida  
la filigrana de la luz fluctuante e incendiada  
que se enreda en las hojas perennes  
y la lápida se sume en el profundo abismo del opio  
que tapiza como musgo  
mi calavera enamorada  
de todas las gigantas,  
de todas las putas de París,  
de todas las putas del Mundo,  
de todas las putas de Universo,  
de todas las negras ebúrneas,  
para soñar, de nuevo, nuevamente, a algunos metros del aire  
ruborizado,  
*sur man coeur amoreaux...*



## KAFKA II

Estaba en la fuente de soda Llanquihue, en Cathay, incendiada durante los años de la prohibición, bebiendo cerveza con Nerval y Aurelia.

La cerveza, amarilla como el oro, espumaba rebosando los tres vasos transparentes, fría y reconfortante. El día era luminoso y el cielo brillaba, límpido y añil; Aurelia estaba particularmente feliz ese día, vestía su jumper de liceana.

Nerval vestía de negro, y, a pesar de lo frío de las cervezas, y que ya íbamos como en la cuarta, parecía lejano y preocupado.

Entonces se nos acercó un niño como de nueve años, pálido, vestía con una digna pobreza,

unos pantalones de tela oscura

demasiado grandes como para ser suyos y unos bototos

negros y remendados. Tenía unas orejas melancólicas

y la cara afilada en la que fulguraban

unos ojos enormes, que desbordaban inteligencia,

a pesar de descender hasta

unas córneas celestes terminaban en dos lagrimales de sangre,

que acentuaban su tristeza y vivacidad.

Nos pidió unas monedas,

“una moneíta, por favor”, dijo,

y Aurelia le dio unos pesos, pero yo no podía dejar de mirar

sus ojos agudos de corneja. Cuando el niño se fue,

comenté que se parecía sorprendentemente a Kafka,

así debió ser Kafka cuando niño, dije.

¿Quién es Kafka?, preguntó Aurelia. Un escritor judío,

que nació en Praga en 1883 y murió en un sanatorio de Viena,

de tuberculosis, en 1924, dijo Nerval. Escribió cosas admirables,

que ilustraban lo inevitable de las contradicciones y sus

nefastas consecuencias, lo que se suele llamar ahora “kafkiano”.

Ah, dijo Aurelia, ¿Era poeta? Sí y no, dijo Nerval,

depende lo de que consideremos como poeta.



Escribió novelas inconclusas, parábolas, cartas, diarios, pequeños relatos enigmáticos y aforismos. Pero no escribió todo eso con el fin de publicarlo. Un idiota amigo suyo llamado Max Brod, desobedeció su última voluntad de quemar una cantidad considerable de manuscritos. Kafka murió sin saber que serían leídos. Fue una actitud ruin la de ese Brod; no se puede desoír la última voluntad de un hombre, aunque sea para, como se dice, el bien de la humanidad; tal vez la humanidad no merezca ese bien que el moribundo no deseaba dar a conocer.

¿Algo así como lo de las perlas a los cerdos?, preguntó Aurelia, No sé, dijo Nerval, Kafka era judío y sufrió bastante en su vida como para preocuparse de dos cosas semánticamente tan lejanas como perlas y cerdos.

Hay un aforismo suyo que me impresiona mucho: “Como un camino en otoño: no se alcanza a barrerlo, que ya está de nuevo todo cubierto de hojas muertas”. Nerval bebió de un trago lo que quedaba de cerveza y buscó con la mirada al niño parecido a Kafka; ya había desaparecido. Hace unos días Nadar me hizo una fotografía, dijo mirando el fondo vacío del vaso, y me dio la terrible sensación de estar frente a otra persona. Ayer escribí al pie de la fotografía: “Yo soy el otro”, no sé a qué “otro” me refería exactamente, esa palabra es tan vaga como la palabra “Ser”, pero creo que me refería a alguien parecido a mí, pero póstumo.

Entonces Aurelia nos llamó la atención sobre un suceso que ocurría al fondo de la fuente de soda Llanquihue, donde hay una puerta de batientes, imitación cuero, con un chino verde pintado al óleo, junto a un negro piano. Ahí estaba el niño parecido a Kafka, forcejeando con un muchacho algunos años mayor que él que intentaba arrebatarse las monedas.

Como era muy esmirriado, perdió las monedas, y cuando logré verle el rostro,



que había mantenido agachado durante la refriega,  
vi que sangraba de su fina nariz de aguilucho.  
Elige la puerta, me dijo entonces Nerval,  
la de cuerno o la de marfil,  
porque estás entrando al mundo de los sueños;  
pero yo miraba la sangre que goteaba de la nariz del muchachito  
parecido a Kafka,  
entre la columna grisácea y el chino verde del fondo del Llanquihue;  
y otra gotita, que cayó sobre  
uno de sus bototos negros, lustrosos,  
quedando ahí suspensa, como el muchacho  
parecido a Kafka, que no atinaba a moverse,  
que no lograba comprender del todo  
el despojo que acababa de sufrir.



## SADE

*a fin de que... les traces de ma tombe disparaissent de dessus la surface de la terre  
comme je me flatte que memoire s'effacera de l'esprit des hommes*

Testamento del Marqués de Sade

Este encierro produce más razón hasta el muro,  
la piedra impalpable,  
el musgo,  
donde, ahora, la fisura del abrojo se reblandece  
hasta los blancos tejidos internos,  
la carne viva,  
la sangre, todo rojo,  
buscando la salida, pero hacia adentro,  
cavando un túnel hacia el aire rasgando con las uñas  
o una cuchara afilada la tierra o la carne,  
hacia el calor protector del horror,  
porque es la imaginación la que se abre el camino  
en el Siglo de las Luces,  
en el Milenio del Encandilamiento,  
por el abismo abierto desde el nacimiento,  
desde que el muro es muro y la razón, razón,  
desde que la piedra, el musgo, la fisura, el dictamen,  
se cierran,  
se compriman,  
aplasten como una mosca  
al cuerpo siempre deletéreo de la imaginación,  
donde, ahora, una nueva fisura se abre,  
y resplandece en el muro impalpable,  
hasta el barro orgánico,  
hasta la vulva,  
la carne viva,



como la sangre, todo en rojo,  
y emerja el viudo de la crueldad,  
viscoso, rasgando, renegando,  
cantando en la forma del cuerpo lacerado,  
con el desorden en la imaginación.



## THELONIUS

A Carlos Decap

*La música agujerea el cielo.*

Baudelaire

Cuando faltaban aún  
algunos años para su muerte  
decidió no tocar más  
solamente así  
sin explicaciones grandilocuentes  
como se me acabó la inspiración  
me duelen las manos  
ya lo agoté todo con mi música  
mi música ya acabo con la música  
y la música acabó conmigo  
cualquiera de esas idioteces  
que dicen los artistas cansados  
que ya no pueden continuar  
con lo que han hecho por años y años  
de incompreensión y asedio.  
No toco más y punto  
sin explicaciones  
sin teorías  
sin conferencias de prensa  
sin alardear del silencio.  
Años más tarde murió  
como mueren los músicos de verdad  
bajo un diluvio de teclas ni blancas ni negras  
teclas transparentes configurando  
un universo de impensadas partituras  
en su fantástica mente



apagándose por ahora.  
Mejor el silencio  
Cuando a Coleman Hawkins  
le preguntaron cuál era la técnica  
para tocar su saxo  
sólo interpretó al periodista un acorde  
de *Just at memory*.

Así también cuando ante el silencio de Thelonius  
un periodista insistía con la misma pregunta  
Él sólo miraba a su *manager*  
y le acotaba:

“Este tipo está sordo”.

“No sabe escuchar el silencio”.

Pero su piano había agujereado el cielo

Blue Monk

Epistrophy

Light Blue

Quien alguna vez haya escuchado  
algunos de sus solos sagrados  
en un bar solitario  
en parajes montañosos  
ebrio a la orilla del mar  
o en un sanatorio para alcohólicos  
jamás podrá olvidarlos  
lo acompañarán hasta el día de su muerte.

—Hey, viejo, recordemos:  
dame un do sostenido  
para la entrada de un breve solo de saxo.



• *Jerome K. Jerome's Diary*

• *Patricia's Diary*

• *Patricia's Diary*

• *Patricia's Diary*

### III. ENCUENTROS CON FANTASMAS

• *Patricia's Diary*

*¡Detén-te ilusión! Si puedes emitir algún sonido o usar la voz,  
¡Háblame! Si hay algo que pueda dar a ti alivio y a mí gracia, ¡háblame!*

Shakespeare: *Hamlet*



## EL HOMBRE DE LAS NIEVES

a Tomás Harris Dazzarola.

a Pamela Harris.

...le hago una seña, viene,

y le doy un abrazo, emocionado.

¡Qué más da! Emocionado... Emocionado

César Vallejo

A esta hora,  
desde el infierno blanco al Sur de Todo,  
en pleno casquete polar antártico,  
cuando los sonidos del reloj penetran  
por el espacio blanco,  
cuando las manijas del reloj  
hunden el blanco espacio y el blanco espacio  
retorna en los muros,  
y los muros se deslizan hacia arriba, témpanos,  
hacia el cielorraso como columnas de humo, ingrátidos,  
y se juntan en lo alto con el silencio  
y, ambos, el silencio y lo blanco  
enmudecen los objetos: las rosas marchitándose en el florero,  
*Le charmeuse de serpents* del Aduanero  
sobre la repisa,  
y sus ojos fulgurando un oro rupestre al fondo  
en la profundidad  
de su cuerpo vegetal,  
—¿Cómo será un cuerpo vegetal al tacto?—  
los frascos de perfume o veneno vacíos,  
la réplica de un ánfora griega,  
la bala de máuser junto a los pisapapeles,  
el Troll que traje de Estocolmo y el retrato de Baudelaire  
que le hizo Nadar; algunos libros que estoy leyendo,  
*20.000 leguas de viaje submarino*, *Moby Dick*,



Arthur Gordon Pym,  
los mares de Melville, Verne y Poe;  
y mis poemas inconclusos.  
A esta hora de la Alianza, desparramo sobre la mesa  
el hato de fotografías de mi padre,  
cuando estuvo hace 38 años en la Antártica,  
capitán de la misma Nada nublada,  
a punto de nevar para siempre,  
separado por una línea infinita  
que lo convertía a él en un punto  
y a mi madre y a mí en otros puntos  
de imposibles intersecciones.  
Miro estas fotografías  
mientras urdo la malla imposible de un poema  
que dé salida a mi insomnio,  
lamparón extinto e insoluble,  
en el horno donde se agrieta esta noche,  
en la que el más familiar y desconocido  
de los fantasmas viene  
a mi encuentro como sin ganas,  
cubierto de manchas de nieve  
y palabras ocultas bajo su lengua sepultada.  
De cara al absurdo,  
medio chamán, medio prestidigitador del deseo,  
revuelvo el mazo de las fotografías,  
obscena taxidermia ocre del tiempo,  
ventanas abiertas en la mesa  
hacia un imposible Polo Sur  
donde mi padre mira hacia la cámara  
no a mí, por ahora,  
o hacia un infinito perdido entre la borrasca  
y los témpanos eternos.  
Desvío el ojo y miro la bala de máuser  
y *La charmeuse de serpents* del Aduanero, para vencer  
el Blanco amarillento de esa Antártica petrificada  
en la trampa de un tiempo químico  
con un poco de verde de un todo vegetal



y serpientes imposibles  
en el albo infierno de las nieves eternas;  
pero llevado por una pulsión inexacta regreso,  
con el ojo,  
al territorio mítico de las fotografías,  
y me tiemblan las manos,  
porque las siete ventanas  
hacia la imagen de mi padre en las nieves eternas  
se van transfigurando  
en siete espejos,  
siete espejos de mí mismo que se multiplican  
en un múltiplo de mi rostro que no puedo conocer definitivamente.  
Él, está allá, inalcanzable, entre los témpanos  
y la borrasca amenazante,  
y yo acá, también imposible para él,  
entre el humo y el rumoroso silencio del diamante,  
la atmósfera que me encapsula amniótica,  
los 22 grados de calor en el living  
y un insondable silencio,  
que me adelanta un poco hacia las imágenes  
de su imagen,  
de su faz estarcida en esos siete cuajarones sepia,  
ventanas o espejos.  
La barba rala con la que aparece  
sólo la conocí en las fotos,  
y una boina negra y el uniforme de campaña  
y algo de mis rasgos,  
y mis gestos le acompañan.  
Sus rasgos y sus gestos me acompañan,  
desde la distancia incólume, a mí  
diez años menor que yo ahora,  
tallado en el corrosivo manganoso.  
No tuvo vejez,  
no hubo para él la vejez,  
su vejez fue suplantada por el suicidio.  
En una de las fotografías besa en el hocico  
a un perro siberiano,



en otra parece haber retrocedido más el tiempo  
y sólo su silueta  
aparece recortada en un horizonte claroscuro  
y la sensación de distancia  
puede ser dada por la luz y la hora polar  
engastada tras los años de esa fotografía.  
En una cuarta o tercera, otro soldado,  
barbado como él,  
le da una cucharada de sopa en la boca:  
una sopa humeante;  
el humo de la sopa quedó ahí congelado como una estalagmita  
/subiendo  
desde el latón de la cuchara  
hasta los labios entreabiertos  
que prefiguran la muerte,  
en el gesto congelado  
para siempre por los químicos líquidos hechiceros.  
Una fotografía sobresale, resalta,  
relumbra bajo la luz lateral de la lámpara,  
entre el humo, bajo una tenue garúa,  
que se petrifica en nieve antes de llegar al suelo:  
aparece a un metro ochenta y ocho de alto  
junto a un lobo o elefante marino,  
una mancha negruzca  
colgando de un gancho como un Leviatán sombrío  
y chorreante  
que mató con sus propias manos, y en su boca,  
como la raíz primordial de un helecho,  
como los renuevos en lo profundo del bosque virgen,  
el gesto desolado de la depresión en la falla geológica de sus labios  
que intentan, en vano, esbozar una tenue sonrisa  
como una fisura abierta  
en las desoladas nieves eternas.  
Mientras yo, acá, otra vez niño,  
impotente ante lo irrevocable del gesto  
que marca las avenidas del suicidio  
desde esas huellas en la nieve,



desnudo en el living desolado,  
en el desamparo absoluto del cielorraso  
del que comienza a caer  
una fina llovizna de nieve,  
voy regresando pliegue a pliegue por los años,  
hacia las desvaídas imágenes de las fotografías  
que se van cubriendo  
de esa lluvia de nieve que cae desde el cielorraso  
y me cubre,  
nos cubre, va cubriendo los muebles, la nieve,  
las sillas, la mesa, la nieve, el reloj, la nieve,  
la alfombra y su diseño,  
y el musgo de *La charmeuse de serpents*  
se va encaneciendo como si el cuadro envejeciera repentino  
y la nieve continúa cayendo y cubriendo  
mis gestos sistemáticos,  
mis gestos desvaídos,  
mi desgano,  
la fórmula insostenible de mis deseos,  
mis ojerosas dádivas a la muerte,  
mis muecas solapadas ante el infortunio,  
mi sonrisa raída y mis pómulos salientes.  
Porque eso es todo lo que me ha quedado  
de ese hombre que tuvo el gesto de engendrarme:  
luces y sombras sobre siete cartulinas ajadas,  
ideogramas oscuros como peces del Pleistoceno sobre los tímpanos  
varados a sus espaldas y ante mis ojos.  
Vestigios fosilizados de un cuerpo cuya resurrección  
no se ha cumplido y quizá nunca la haya,  
ráfagas de tiempo abrazándonos en la distancia a la velocidad de astros  
mutilados. Eso y nada más, vestigios prehistóricos  
de mis gestos y mi gesta y el qué se hizo,  
y un poco de destino varado al borde del cenicero  
donde se consume el último cigarro de esta noche.  
Y se repite siete veces en cada fotografía  
el que también sin saberlo del todo  
tramó cada uno de mis movimientos y palabras.



Lejano, sobre la nieve, petrificado,  
más joven que yo a esta hora de la noche.  
Quisiera yo ahora un beso  
de ese hombre muerto.  
Quisiera yo ahora una sonrisa en movimiento  
de sus labios partidos por la nieve.  
Y también un jirón de su uniforme de campaña  
para arroparme y dormir y soñar  
que los siete espejos velados  
van cobrando, lentamente, color y movimiento,  
aunque sólo fuera ilusión de movimiento,  
para acercar unos pocos metros su fantasma  
a esta porción de vida latiente;  
pero no hay puertas giratorias,  
pasos perdidos entre el hielo,  
regreso a una Santa Mónica de los Venados vitrificada,  
al Primer Día de mi Creación,  
pasos perdidos entre los icebergs y las montañas albicantes  
y las nieves eternas y el Uno que fuimos en un tiempo remoto  
anterior a nuestro primer hallazgo.  
Y pensar que sólo bastaría una seña, que no encuentro,  
para que caminara y viniera desde las fotos,  
y en un abrazo en el Todo o en la Nada,  
no importa,  
la paz se haría entre nosotros.



La fijeza lo clavó en la fijeza del gesto  
 que lo petrifica a la amenaza que, de pronto,  
 como un Golem a la inversa,  
 una de esas noches de campanas y bruma,  
 se le ocurriera echar a andar,  
 sin el permiso del rabino Loew,  
 por estas calles de silencio y baldosas coloniales  
 para restañar las heridas verde musgo y carroña  
 que la herrumbre deposita sobre los inermes cuerpos  
 dorados de los monumentos,  
 imposibles sustitutos de lo putrefacto,  
 despreciado y corroído  
 por los venerables gusanos  
 que regresan a la tierra lo que merece el olvido:  
 si él, Golem inverso, pudiese jurar  
 y pareciera que jurara o abjurara  
 con un brazo en alto,  
 como saludando a los infiernos  
 juraría que es olvido,  
 como un zombie echándose tierra a sí mismo,  
 ya que no pudo hacer un zombie del Poeta,  
 a pesar de sus maldiciones y sus leyes:  
 como un fantasma ocultando  
 su sombra de las sombras,  
 chinas o las que sean,  
 para que la mala memoria se solidifique  
 en el enrarecido aire de una falsa plazoleta colonial,  
 en su pedestal, jurando mudo  
 que tuvo razón,  
 que su razón fue la Razón o la Fuerza  
 como lo indica irrevocable nuestra heráldica del buitre:



todo eso que hace de la Justicia  
un hecho metafísico.

La Serena, Plaza Gabriel González Videla, Verano 1991.



## MONÓLOGO DEL SEPULTURERO

*Qué quieres de mí  
en el momento en que estoy cavando una tumba.*

Conde de Lautremont

Qué quieren de mí esos niños, esas cuervas,  
en el momento justo en que cavo una tumba  
entre los brezos mustios,  
qué quieren de mí esos deudos  
acallados y contagiosos,  
en el momento preciso  
en que estoy cavando la tumba  
de un amadísimo pariente, hijo, padre, abuela, tío,  
ese ser empequeñecido por el olvido  
que ha comenzado a agigantarse  
en el preciso momento en que dejó de respirar,  
en ese olvido en el que cada uno de los deudos  
ya estaba pensando  
y que deseaba más que la resurrección del muerto,  
cosa harto más improbable  
para sus paganas mentes  
en el momento mismo  
en que la enfermedad agrandaba,  
o la herida se partía  
y la cantidad de sangre perdida por el muerto,  
por entonces agónico, hacía irrevocable la muerte.  
Qué quieren de mí los fariseos,  
los ladrones de tumbas,  
las maquilladoras de cadáveres,  
los usurpadores de cuerpos,  
los pleonastas del martirio,



los necrofílicos y amantes de amantes muertas  
y clandestinas,  
qué quieren de mí  
los mismos fantasmas del cementerio,  
la luna que me atisba  
entre el trémulo follaje de los árboles de la muerte,  
qué quieren de mí  
las estrellas, las aves nocturnas,  
los pájaros negros de mal agüero,  
los pájaros rojos como corazones abiertos  
salpicando de sangre el cielo negro,  
las ratas que se alimentan de flores podridas,  
las lloronas y sus túnicas negras,  
las lloronas orquídeas funerarias  
entre las sombras y los deseos aniquilados.

¿Qué quieren de mí?

¿Que no ven los gusanos putrefactos en mis ojos?

¿Que no ven que mis cuencas están huera?

¿Que no ven la verdad de la tierra en mi mirada?

Ah! esos ancianos recortados en el horizonte  
atisbándome como si yo fuera ser su próximo padre.

A veces me emborracho junto a las lápidas,

pero no es para olvidarme

del gesto irreplicable de la impotencia,

ni para olvidar a los monigotes de cera

de los cadáveres,

maniquíes sin dignidad

ni aliento que invoque al deseo,

ni para olvidar cada paletada cada paletada,

ni para que el olor a tierra removida me persiga hasta mis

/sábanas. No.

No es para olvidar este continuo tragarse al hombre de la tierra,

este continuo tragarse al hombre de la tierra succionadora,

una hora un hombre,

media hora un hombre,

un cuarto de hora un hombre,



un minuto un hombre,  
un segundo otro hombre,  
otra mujer, otro niño,  
otro feto pálido, otro inconcluso embrión.  
Es para no pensar en la pregunta:  
qué quieren,  
qué quieren de mí las sombras agazapadas,  
qué quieren de mí las sombras agazapadas  
entre las sombras,  
qué quieren de mí las sombras  
que ocultan cada vivo que hay tras un muerto,  
la sombra del hijo preguntándome  
por el destino postrero de su padre,  
la sombra del padre preguntándome  
por qué el hijo y no el padre primero,  
la sombra de la hija preguntándome si se le notaba en la mirada  
que lo amaba más que como su padre,  
la sombra del Tirano riéndose a carcajada  
de todo el miedo acumulado  
en cada hijo de la patria asesinado,  
la sombra del vengador  
con todo el peso de la sombra  
del muerto a sus espaldas,  
la sombra de la impúber cadáver drogadicta,  
la sombra del empequeñecido macho anciano,  
la sombra de Dios  
que es tal vez la noche toda cuando no hay estrellas,  
las sombras de las heridas del alma al alba abiertas,  
las sombras gimientes que quieren saber  
dónde está la fisura  
que permite el descenso  
a la Tierra de las Verdaderas Sombras,  
la sombra hermano que quiere a su sombra hermana,  
la sombra siamesa desgarrada que quiere a la sombra siamesa,  
/La Otra,  
las sombras que se quedaron



con la palabra en la boca  
y buscan a la sombra que quedó con la respuesta aguardando  
/eternamente,  
la sombra del perro  
que siempre ha resguardado las tumbas,  
las entradas al Reyno de Muerte,  
desde que hubo tumbas,  
desde que se cavó la primera tumba,  
desde que ardió la primera pira funeraria,  
menhir, dolmen, pirámide,  
cámara de hibernación criónica,  
y la sombra de la vagabunda de pelo rojo  
y sus cinco perros husmeando la fosa común,  
preguntando cuál de todos esos huesos  
y sus fuegos fatuos  
son los del vagabundo que la acompañaba,  
antes, recogiendo siempre vivas  
entre los tarros oxidados de las lápidas.

Yo realizo este trabajo sucio  
porque una vez cometí un crimen,  
porque tengo las manos manchadas con sangre.

Yo realizo este trabajo sucio,  
porque alguien tiene que hacer los trabajos  
sucios.



## HOMBRE MIRANDO AL SUDESTE

Quién, alguna vez, no ha mirado al Sudeste  
con la cabeza absolutamente rapada de esperanzas  
y mónadas y dialéctica,  
buscando las vagas metamorfosis que alimentan el empedrado  
piso de los primeros o últimos deseos abolidos,  
de infinitos reducidos a estigmas,  
de las invariables flores del mal prendidas al ojal de la intemperie,  
bajo la vastedad de una ciudad sin nombre que la recuerde,  
sin fuego ni pasión que la grabe  
en la penumbra a la que se ha vuelto  
a estas alturas del tiempo toda la memoria acumulada;  
Hombre Mirando al Sudeste del Todo  
al que se reduce  
la imposibilidad de reunir las astillas del espejo del Diablo  
caído desde inimaginables alturas de un Universo  
que sólo se expande para comprimirse otra vez,  
sin importar los millones de años,  
la inconmensurable distancia,  
un absurdo irrevocable  
para cualquier soñador  
de putrefactas utopías sin arbustos,  
niños, flores, espuma, mujeres, sol y mar.  
Y ya que el diabólico espejo  
de la Reina de las Nieves  
o cualquier otro relato,  
ha desparramado sus astillas de hielo deformantes  
de las supuestas formas que han de cubrir  
con sus cortinajes la apariencia  
por todas las pupilas,  
haciendo desvariante la mirada en la totalidad  
del ojo y sus alrededores;  
habría que dirigir la mirada



hacia el Sudeste impreciso  
en el que algún día, en algún crepúsculo impensado,  
se desdibuje en el horizonte,  
porque ahora se trata de invertir  
las configuraciones,  
una de las múltiples posibles figuras del Ello,  
galopando como un potro fugitivo  
de las llanuras extintas  
sobre los erosionados adoquines de la ciudad;  
podría ser como el pájaro azul que se le soltó  
a alguien de la jaula de su cerebro ya agónico  
y vuela en busca de otro cerebro más joven,  
porque los pájaros azules no pueden vivir sin  
la prisión de un cerebro cobijador,  
esas formas de la esperanza  
que se multiplican hasta metamorfosearse  
en las dúctiles formas de la muerte,  
ya que los cúmulos de esperanza,  
siempre desnudas y dispersas,  
son como los cúmulos de estrellas  
en las noches absolutas de los campos chilenos,  
manchas lechosas  
ya ni sabemos bien si de ubres de lobas siderales,  
o cualquier otro mito de última función  
o el infatigable semen que deambula  
sin rumbo fijo  
buscando un agujero negro donde fecundar  
un poco más de Nada.  
Pero siempre en algún lugar,  
hospedería, manicomio, cárcel de menores  
Hogar de Cristo o del Diablo,  
habrá un Hombre Oscuro Mirando al Sudeste  
como si desde ese punto cardinal impreciso,  
—todo punto cardinal  
es una alucinación de las brújulas—  
pudiesen surgir las increíbles floridas, el pájaro azul,  
el manuscrito en la botella,



una historieta del *Paraíso Perdido* de Milton  
dibujada por Moebius,  
el Ave Rock o la muchacha de pelo lacio, lánguida,  
silbando el último rock o el último vals,  
Scorsese a la salida del cine Cervantes,  
cuando aún existía,  
cuando aún se proyectaban sueños,  
Splendor o Paradiso,  
en Cathay y bajo la lluvia de junio,  
el Aleph o el Zahir,  
el grano de arroz  
con todas las formas del Universo  
talladas en él.



## EL MIMO

Todo mimo es atroz.

Con sus cabezas como piedras de huevo  
a las que la corriente de un río  
de hilos perdidos ha alisado  
hasta sacarles la piel  
una mano emergida desde la sombra  
les pinta muecas sucesivas  
y gestos de colores.

Los he visto ahora de grande  
en viejas y mudas películas chisporroteantes  
en teatros fantasmas sin butacas  
cuyas lámparas lloran ácido  
sobre los tablones congelados  
del piso alfombrado de gris  
en los túneles a medianoche del metro  
en zaguanes y jardines insospechados  
refulgiendo los huevos lacerados de sus caras  
profiriendo el idioma de la mudez  
haciendo de su cuerpo la expresión retorcida  
del silencio  
caminando en cuerdas flojas invisibles  
sobre el aire enrarecido de la ciudad  
babeando sobre los tachos de basura  
su baba verde de hambre de mimo  
cuando nadie les ha dado un peso  
para mitigar el silencio  
para calmar la sed de palabras  
que su rígida formación de siglos les ha prohijado.  
Porque un mimo es una especie de ninja  
como esos de las películas de los cines del centro  
han pasado por diversas etapas sucesivas



de entrenamiento feroz  
han adiestrado sus músculos para el silencio  
han debido aprender un alfabeto inmune  
a nuestras plegarias  
han disociado un lóbulo de su mente  
han obliterado un hemisferio cerebral  
a la Nada y ofrecen a sus hijos al sacrificio  
de la mudez heredada por siglos  
a su mudez blanca  
pintada de lunares lilas y pringosos  
y se multiplican en corros mendicantes  
por las calles desoladas del centro  
masticando aire masticando peces  
masticando los mapas  
de las indescifrables constelaciones.  
Y también los he visto en los sueños  
metidos en los sueños míos y de los otros  
como si se asomasen a un ojo de agua  
para espejear sus fauces enjalbegadas  
en el gesto de horror de nuestros rostros en pesadilla  
cuando la luna los emula desde el cielo con su careta  
y dibuja una sonrisa roja una carcajada roja  
y llueve sangre desde la luna lenta apacible  
cubriendo el cemento los tejados  
los árboles agostados  
de la ciudad.

Aligerados del peso del lenguaje  
pueden deslizarse entre el gentío sin ser notados  
y se cruzan ante los transeúntes  
como espejos monstruosos  
reflejándonos en sus deshilachadas pantomimas  
de hijos del silencio.

Todo mimo es atroz.

Yo tuve cuando chico un mimo de juguete  
un mimo de trapo



o puede que haya sido una marioneta  
con aspecto de mimo  
cuyos hilos alguien había cortado  
o se habían confundido con las telarañas de techo  
o de las lámparas de lágrimas  
de mi casa de la infancia  
que estaba llena de telarañas porque esto  
ha ocurrido hace ya mucho tiempo.  
Yo dormía con este mimo de juguete  
pero algunas noches desaparecía  
y se escondía en los rincones más insospechados  
de la casa y como ya ha pasado tanto tiempo  
desde entonces  
me costaba mucho trabajo encontrarlo  
pues yo ya había olvidado  
el lugar preciso de cada rincón  
y debía recorrer todos los rincones de la casa  
susurrándole mimo, mimo  
porque me daba miedo dormir sin él.  
Pero el mimo se podía esconder también en el jardín  
entre geranios sangrantes  
y el follaje del Pleistoceno  
podía ir y venir a dimensiones distintas  
mientras yo sollozaba tiritando de frío mimo mimo  
porque yo solamente tenía a este mimo de trapo  
o a una marioneta que se asemejaba a un mimo  
y pensaba que podía jalarlo  
siguiendo los pocos hilos que le quedaban  
pero podían ser telarañas  
y en lugar de encontrar a mi mimo  
podía toparme con la araña peluda  
qué susto me daban  
las arañas peludas copulando en el jardín.  
Yo no tenía mamá sólo mi mimo de juguete  
por eso lo llamaba cuando se escapaba  
a otras dimensiones  
mimo mimo repetía perdido



en las tinieblas de los corredores  
pero el mimo no aparecía  
puede que se entremezclara  
con las cópulas de las arañas del jardín  
y yo volvía a mi pieza a aprender  
la lección del silabario  
y tenía que repetir  
mientras me caían las lágrimas  
mi mimo me mima  
mi mimo me ama  
aunque él anduviera recorriendo  
la ciudad de madrugada  
mezclándose con los mendigos junto al río  
calentándose las manos en los tarros con fogatas  
comiendo hogazas duras y bebiendo vino tinto  
porque nadie le había dado monedas ese día  
y los teatros habían sido clausurados  
y los sueños de los justos estaban obliterados  
y las puertas de las iglesias habían sido selladas  
con metal y el foso del tiempo era custodiado  
por el Guardián de la Ley  
y mi mimo de juguete vagaba entre los vagabundos y las putas  
repitiendo la mecánica de su silencio  
simulando la acción con gestos que hacían reír  
a los vagabundos y a las putas  
y después se quedaba dormido muy borracho  
en algún cancel o pasaba a otras dimensiones  
donde reinaba el silencio total.

Por eso evito a los mimos en la calle  
cuando amenazan acercarse y entorpecer mi camino  
cuando veo una cabeza de huevo prehistórico  
bruñida y blanca  
gesticulando en silencio entre los transeúntes.

Porque todo mimo es atroz  
porque temo que el mimo de mi infancia ahora



que he logrado olvidarlo  
y duermo en paz entre los muslos de mi mujer  
haya decidido regresar de sus vagabundeos  
por la noche  
y las otras dimensiones  
y se instale Rey y Señor de mi Necesidad.

Pero puede que haya algún cambio  
en las constelaciones  
y a sus albinas cabezas despellejadas les crezca pelo  
y se transformen en hombres lobos  
porque a fin de cuentas  
nunca he tenido comercio con los hombres lobos.

me costaba acostumbrarme a los ratos  
pues yo ya había vivido obsesiones y debiendo vivir en el  
el lugar preciso y debía recorrer a lo largo de la noche  
y los ratos habían sido como un juego de  
susurrando como un juego de  
porque me daban ganas de salir a la calle  
Pero el mundo es pequeño y los ratos  
entre generaciones  
y al final de la noche  
mi mundo de juguete vagaba entre los  
repetición la mecánica de un mundo  
mientras yo solo estaba con los ratos  
porque yo solamente tenía a los ratos  
y después se quedaba con los ratos  
en algún rincón o pasaba a otras dimensiones  
siguiendo los pocos hilos que le quedaban  
pero podían ser telarañas

y en lugar de encontrar a mi mujer  
podía toparme con un ratón  
cuando veía una cabeza de nuevo  
brunida y blanca  
gesticulando en silencio  
adaptable a cualquier situación

porque todo mundo es así  
porque temo que el mundo de mi mujer



## SUEÑO

La noche del 2 de junio de 1956, el día antes de nacer, soñé que viajaba en tren, no sabía cómo había llegado a ese tren que se dirigía raudo al cementerio donde enterrarían a mi padre (el cementerio era la estación) en un ataúd sellado, porque había muerto de violencia, no tenía claro si en el cerco a Troya, en un pantano de Camboya, suicidado por órdenes superiores o guillotinado en la Revolución Francesa. El tren era un tren fantasma, fétido a azufre, oscuro, azumagado, sin ventilación, se bamboleaba como un gusano metálico y ciclópeo en la noche mustia, yo recorría a tumbos los carros, donde todos los pasajeros llevaban un orificio en la sien o no tenían cabeza; pero los orificios estaban resecos, la sangre se había coagulado dejando en las sienes de los pasajeros muertos unas costras de lacre, con la inscripción de un anillo regio que yo no lograba identificar, aunque me acercaba a sus rostros lívidos (de los que tenían cabeza), que miraban a un punto cualquiera de las sombras salpicadas de fogonazos verdes de la galería infernal de los vagones; parecían marionetas de cera, mimos de mal agüero, sombras chinas, espantapájaros o zombies. Yo no sabía bien por qué causa había muerto mi padre, tampoco tenía claro qué era un padre (faltaba un día de trabajoso parto para que yo naciera); el tren avanzaba demasiado veloz hacia el cementerio, tanto, que su velocidad aminoraba el tiempo y el tren era una máquina del tiempo enfebrecida que regresaba a un cementerio del Paleolítico Superior. En mi sueño yo no tenía clara conciencia de la forma de mi cuerpo, sólo sabía que era húmedo, tal vez había caído en un pantano o el tren avanzaba por lo más abisal del



Mar Muerto, porque el Mar Muerto era el único mar del que tenía memoria, por los efectos que la velocidad del tren causaban en mi entendimiento nonato. En este sueño, yo estaba muy cansado, seguramente por los esfuerzos que hacía mi madre para que yo naciera (era el 3 de junio de 1956); otro dato que me viene a la memoria es que recordé que ese mismo día se publicaría *Howl* de Allen Ginsberg: “me gustaría leerlo ahora”, pensé, “pero no existe aún”; pero recordaba algunos fragmentos que repetía en mi memoria a falta del libro que todavía no se publicaba, lejos, lejos de la llanura transiberiana por la que avanzaba el tren, o quizá era el desierto de Atacama o la perdida sabana de oro puro que no figura en los mapas destas tierras, inaccesibles entre abras filigranadas de pieles nonatas, como yo, que me rendía al vaivén del fantasmal tren oscilando con las condenadas metálicas vértebras del gusano blanco. Recuerdo los deseos de despertar, pero como el concepto de sueño aún no se formaba en mi mente, no podía desear lo desconocido, aunque lo desconocido bullía por despertar en mí; tampoco podía imaginar otro concepto no formado que habitaba por ahora un mundo de representaciones vagas, ilegibles, miserables petroglifos sobrantes de lo diurno que tampoco se asentaba en mi acuoso imperio; y que si despertaba, despertaría lo que llamaban *my self* (no sé quien habla realmente ahora) o territorios mentales: el Infierno o el Dorado, Cibola o la Isla de los Desventurados, la Ciudad de Dios o la Ciudad del Diablo; nada más sabía del miserable tren fantasma infernal que horadaba la noche como un falo negro de carbón piedra, a raudas impensables velocidades hacia el cementerio donde sepultarán a mi padre a la mañana siguiente, un cementerio perdido entre dunas pintarrajeadas al óleo o selvas abiertas en los afiches publicitarios en los túneles del Metro. Entonces me di cuenta de que los pasajeros



tenían ese semblante de cadáver de muchos días del pelotón de soldados insepultos de *Los sueños* de Akira Kurosawa. Seguramente algún día esos sueños me estaban predestinados en un túnel del Metro, húmedo, ventral, los soldados se negaban a regresar a la muerte, pero si abrazaban a su mujer, a su perro fiel, a sus hijos, estos quedarían manchados de sangre, barro y todos los humores de la muerte y, por más que lavaran sus cuerpos desnudos, el hedor de sus cadáveres amados no los abandonarían jamás; es mejor un buen recuerdo que un mal olor, pensaba yo, cuando apareció un hombre muy extraño, esmirriado y cetrino, igual al retrato del Dr. Heinrich Stadelmann de Otto Dix, y me preguntó si me sucedía algo. Siempre los mayores le preguntan a los niños lo mismo, me diría mi madre años más tarde; pero debes tener cuidado porque esos hombres te quieren hacer daño; entonces supe que yo era un niño en el sueño, aunque sentía enormes deseos de beber un trago de aguardiente o vino; los mayores me habían puesto en ese tren y me dijeron que no hablara con desconocidos, que me estarían esperando en la estación para llevarme al cementerio, junto al ataúd sellado de mi padre: un soldado con una flor roja en el ojal de su uniforme espera por ti, me dijo mi tía Laura; yo recordé, en el sueño, el cementerio, era muy gris y sentía náuseas, porque no me gustaba el hedor de las flores pudriéndose en los tarros enmohecidos, junto a las tumbas; entonces el Dr. Stadelmann o su retrato me sentó en medio de él y otro hombre. El otro hombre era igual a Lawrence Olivier en una película no filmada que recordé con mucha claridad, era el Ángel Blanco, un asesino nazi, un dentista que robaba dientes de oro y diamantes a los judíos en Auschwitz. A mí me colgaban los pies porque era niño en el sueño y Lawrence Olivier le hizo de pronto una señal al Dr. Stadelmann y el Dr. Stadelmann o su retrato pintado por Otto Dix, me



tomó por los cabellos y me abrió la boca; ahora el tren olía a consultorio de dentista, a argamasas y yodo, y Lawrence Olivier comenzó a preguntarme: ¿Hay riesgo?, mientras se lavaba las manos no sé dónde porque en los vagones de los trenes no hay lavamanos: ¿Hay riesgo? insistía mi madre, pero yo no podía responder porque no entendía su pregunta, ignoraba si había riesgo o no, o si sus palabras estaban en clave, como en los poemas que yo cuando fuese adulto escribiría para poder dejar en ellos señas ocultas, pasos perdidos para los otros, Zonas Sagradas. ¿Hay riesgo? repetía una y otra vez el Ángel Blanco, y como yo no tenía la respuesta me perforó un diente de leche con una fresa eléctrica que chirriaba y se confundía con el ruido metálico del tren en los raíles, y brotaba un olor a quemado y el dolor aumentaba y rimaba con el dolor de las contracciones de mi madre, posiblemente pronto yo nacería y emergería del tren fantasma a la luz aséptica del quirófano; pero el Ángel Blanco insistía en su pregunta: ¿Hay riesgo? ¿Hay riesgo? y después de mucho rato de dolor me frotó el diente perforado con un líquido ambarino que sacó de un frasco azulino. Es aceite de clavo, dijo, mostrando su mano con el frasco y la otra con la fresa eléctrica; ¿no es curioso?: en esta mano está el dolor y en esta otra, el alivio: y todo depende de tu respuesta. Entonces comenzó a hacer frío un frío verde como un bosque inmenso que se movía con la brisa que me entraba por el diente perforado, un bosque frío y verde que gruñía, gemía, temblaba, es verde soñaba yo, estoy naciendo, es un muro verde y vibran unos vagones, estoy naciendo y es un muro y es verde y unos vagones, un puro muro que es silencio verde, mira como respira ahora, como se agita, mientras el tren atraviesa el verde muro del bosque, rumbo al cementerio donde sepultarían a mi padre, 33 años más tarde.



## IV. ENCUENTROS EN EL INFIERNO

*...el dios que hizo a los tiburones debía ser un condenado.*

Herman Melville



## DE LOS TORTURADORES

El torturador es ahora una sombra vaga  
presencia que penetra su vaho alcohólico en  
tu vagina que había olvidado los tres días con  
sus tres noches en esas casas sin lunas  
de aullantes batracios rojos una sombra espléndida  
en su morbidez que te abre de una patada la puerta de los sesos  
y a ellos se mete se entromete furtiva y voraz sanguijuela  
nuevamente a pesar de tu vómito de arcaico lenguaje  
por el que nos fugamos de la mierda y el chancro  
introducido a gotarios eléctricos qué es esa  
sombra que fuma y fuma un tabaco apestoso  
que cubrió para siempre tu esplendente cuerpo  
y lo viró hacia las cloacas de miedo y cortocircuitos  
esa sombra que fue cuerpo y que ahora, sombra,  
se te hace nuevamente cuerpo en el sueño  
y se inclina sobre tu cuerpo que había limpiado la  
lluvia y arroja ese cuajarón de sangre alcoholizada  
que te regresa en la noche giratoria como puerta  
al estado larvario de ceniza aún humeante.



No, los tiranos no son malditos.  
Si fueran malditos también serían benditos,  
porque cada haz carga con su enana blanca.  
Los poetas podrían ser malditos,  
porque en su haz brilla un hermafrodita de hermoso culo y un  
azar inabolible.  
Los tiranos sólo son un mal sueño de nuestro  
sentido de la justicia, de nuestros alardes de razón,  
de nuestras Personales Historias Universales de la Infamia,  
un incómodo inquilino en nuestros manuales de historia  
escolares.  
Pero recuerda: todo tirano tuvo un caballo de palo cuando chico,  
todo tirano sueña con ser estatua,  
aunque intuya la mierda de las palomas.  
Pero los caballos envejecen, y se dedican a estudiar la ley,  
suben a grandes trancos agotados  
las peldaños de mármol de los Tribunales de Justicia,  
doctores Bucephalus con los ojos irritados de magras lecturas,  
y Alejandro de Macedonia era un borracho perdido.  
Tenemos que acostumbrarnos, poco a poco,  
aunque duela: los Tiranos no son malditos,  
el Hado les prohibió hasta ese ambiguo adjetivo,  
lo conservó para los poetas,  
lo guardó como una perla para los locos.  
Y nada se puede contra los edictos de Bucephalus,  
además, Alejandro de Macedonia era un borracho sin vuelta.



## V. ENCUENTROS AL FIN DE LA BATALLA

*La capacidad de aguante de los alemanes no tiene límites; y ello hasta en la locura:  
Nietzsche soportó la suya once años, Hölderlin, cuarenta.*

E. M. Cioran



EL SOLDADO ALEMÁN ERWIN KOPP  
REGRESA DEL FRENTE ITALIANO



## FINIS POLONIAE

*Finis Poloniae—  
una expresión  
que significa,  
aparte de su contenido histórico  
el final de los grandes reinos.*

*Aire enrarecido,  
todo respira con angustia,  
aire ambiguo —si pensara  
lo haría en monzones de otro continente  
y océanos amarillos.*

*Lo inmenso se destruye a sí mismo,  
se susurra a sí mismo el último sonido,  
la canción rara, usualmente ignorada,  
tolerada alguna vez—*

*Finis Poloniae—  
quizás un día lluvioso, no muy grato,  
pero ahora como un rumor de alegría  
y después un solo de cuerno,  
una hortensia, apacible flor,  
que soporta la lluvia hasta noviembre  
en silencio sobre la fosa.*

Gotfried Benn



## INTRODUCCIÓN

A mi padrastro, Erwin Kopp.

A mis hermanos, Karin y Caludio Kopp.



## INTRODUCCIÓN

Conocí a mi padrastro, Erwin Kopp, antes que lo conociera mi madre, en La Serena, una tarde lejana de hace ya demasiados años como para precisarlos ahora. Él trabajaba en la Mercedes Benz, y en esos mis años de la segunda infancia yo admiraba cualquier maquinaria que viniera de Alemania. Recuerdo que con mi abuelo Raúl salíamos a cazar mariposas al parque –saludos a Mr. Navokov– y de regreso a casa, pasábamos a mirar los camiones aparcados fuera de la Mercedes Benz. Una tarde, el “gringo” Kopp –aunque si “gringo” es sinónimo de *yankee*, ahora estoy agraviándolo– me vio, en realidad me reconoció, y me subió a un camión, me puso al volante y me dejó ahí un rato, mientras él conversaba con mi abuelo, el que sería su futuro suegro. El camión era uno de esos modelos chatos de los 50 que aún olían a guerra, a sangre de judíos inocentes.

En fin, el resto, cómo conoció a mi madre, sin saber que ella era la madre del niño delgaducho y pálido, con cara de asombrado ante cualquier máquina alemana, y otros azares no vienen al caso. La cosa es que crecí, algunos años de mi vida, junto a él, y ya en mi adolescencia, algunas cervezas mediante, comenzó poco a poco a hablarme de la guerra. Por supuesto que le costaba, pero no sé por qué vio en mí a un “escuchador” válido. ¿O hablaba sólo para sí mismo? No creo. Creo que ni siquiera intentaba darme su visión del asunto, la visión de los vencidos, –si es que en esta guerra hubo vencedores y vencidos– la que más tarde vería en algunos filmes de Fasswinder como *El soldado americano*, *El matrimonio de Maria Braun* o *El deseo de Verónica Voss*, entre otras.



Fue así como fui escuchando historias como la de los días previos a que lo alistaran a los 14 años, era ya el último año de la guerra –por lo menos para Alemania– así que Hitler estaba enviando adolescentes, casi niños al frente a falta de soldados; su primer, aterrador y único salto en paracaídas sobre el frente italiano; las profundas y breves amistades que nacen en la guerra; la ferocidad de los soldados escoceses con los que le tocó combatir; –lo que a mí no dejaba de producirme un vergonzante orgullo– el tiempo que pasó prisionero en el convento de Montecasino, antes que fuera destruido por los aliados.

Hubo más historias, pero no interesa consignarlas en esta breve introducción, para eso están en los poemas. Llegó a Chile en barco, con un amigo boxeador, Helmut Ficker, parecido a un oso blanco, que cuando se sentaba en las sillas vienesas de mi abuela las reducía a astillas, y comenzó a trabajar en lo que fuera, hasta que entró a la Mercedes Benz.

Los poemas que siguen son en su memoria – en la memoria de las lejanas tardes de cerveza e historias en Chiguayante– en memoria de la niñez y adolescencia cordial que me brindó y, sobre todo, a la contraparte inocente de un pueblo, el alemán, que se vio envuelta en el más terrible de los genocidios que ha conocido nuestra historia reciente.

El soldado alemán que habla en los poemas es, por supuesto, una figura poética, es decir, una voz múltiple y ambigua, y habla desde la distancia, desde un tiempo ya inmemorial, como si fuera un centurión romano después de la caída de su Imperio o un troyano lamentándose bajo los muros intactos de la ciudad tomada por sorpresa, entre el humo de las hecatombes aqueas. Salvo que el humo de esta Guerra y esta Hecatombe aún se huele a la distancia, como los cadáveres siderales que permanecen intactos en su luz para nuestros sentidos impotentes ante el tiempo y la distancia.



## UNA LARGA AMISTAD DE SIETE DÍAS

Hablamos de cosas sin importancia  
ciudades, parientes, el frío en Bavaria  
y recuerdos en distintos lugares y colores del rumbo del Danubio.  
Entonces se iluminó por enésima vez el cielo  
desde que estábamos juntos  
y la noche volvió a protegernos por un instante.  
Así era por esos días extraños,  
en el que entre uno de los fulgores de la batalla pude ver su cara  
/desesperada,  
los ojos desorbitados, mientras intentaba  
volver a meter sus vísceras embarradas en el filón rojo  
que le había abierto en el estómago una bayoneta enemiga.  
Fue una larga y hermosa amistad de siete días.



## EL CARNICERO RUDOLFT HESSE

El gordo carnicero Rudolft Hesse me decía limpiándose la sangre en su delantal blanco, tras haber rebanado unas costillas de no sé qué animal y ofrecidas como si fueran de caballo: (había sobre el mostrador la cabeza de un equino llena de moscas)

–Se está acabando la carne tanto aquí como en el frente.

–Cómo me gustaría tener tus jóvenes catorce años para ser útil a la patria.

Eso me decía el gordo carnicero Rudolft Hesse limpiándose la sangre en su delantal blanco.



Esa noche me acosté en el barro  
y tuve atroces pesadillas.  
Cuando amaneció el barro me había cubierto por completo.  
Yo estaba en posición fetal y soñaba que un hijo mío inexistente  
se ahogaba en la placenta de mi madre.  
No sé qué pudo haber significado ese sueño,  
tal vez desperté porque me ahogaba en el barro  
y ahora tenía que desprenderme la escayola del uniforme  
y avanzar hacia las líneas enemigas.  
Y olvidar el sueño o dejar que se olvidara a sí mismo.



## REGRESO A CASA

(PRIMERA VERSIÓN)

Bienvenido a casa,  
revisa tus objetos, sobre todos los azules,  
tus botas, tus chaquetas viejas,  
el ruido de la frondosidad de los olmos  
cuando todavía no los habíamos talado  
para lograr un poco de lumbré.  
Ahora estamos en un círculo  
milagroso en torno a la hoguera.  
Alguien escancia la negra cerveza en estos días negros.  
Miro todo lo que alcance el radio de la lumbré:  
los asfodelos ensombrecidos,  
una rata negra que me husmea  
entre la basura y me mira  
y mueve el hocico y los bigotes:  
rata negra cambiemos de piel;  
yo te regalo mis viejas prendas y tú me das tu inmortal inconsciencia.



## REGRESO A CASA

(SEGUNDA VERSIÓN)

La bienvenida, ¿de quién?;  
o, más bien, ¿de qué?:  
no quiero hablar de la sustitución de las flores por el barro,  
de las tejas por alambradas de púa,  
de la puerta por un orificio mudo,  
como esperando que le arranquen una muela, una tetera o el sofá;  
bienvenido, hijo mío;  
pero, ¿de qué Padre?,  
¿de qué Madre?  
si Padre y Madre ya han muerto.  
Deben estar sepultados en el pequeño cementerio  
del pueblo  
a la orilla sur del Danubio.  
¿O viven aún y lo sabré cuando anochezca o mañana?  
Pero yo vi el río seco,  
o vi sangre en lugar de la cotidiana agua verde de su curso,  
y un temblor en la rivera.  
Bienvenido, pero: ¿quién me da la bienvenida?  
¿De quién son los brazos que se aspan hacia mí?  
Pobre soldado desconocido,  
no sabes –y cómo podrías saberlo–  
si todavía no acaba la guerra del todo,  
aunque estén todos muertos,  
los de ambos bandos estén ya siendo uno con la materia,  
astralidad del barro,  
ignorancia de lo que se ve.  
Anda, pues, camina en paz, hacia el nuevo campo de batalla.



## REGRESO A CASA

(TERCERA VERSIÓN)

La casa me mira y no me reconoce.  
¿Tanto he cambiado en un año?  
¿Tanto varía el gesto en la eternidad de la guerra?  
Trato de acercarme, pero la casa no ve el brillo  
dorado que sale abrumado de mis rapados cabellos  
cuando lo toca el sol mortecino,  
entre nube y nube;  
quiero acercarme a la casa, pero ella se muestra hostil;  
cierra los postigos,  
da un portazo,  
se estremece como cuando sobrevivía a los bombardeos nocturnos.  
Mira, le digo, soy yo,  
el que jugaba escondido en el desván con las muñecas de mi  
/hermana Ingrid,  
yo que acariciaba el pasamanos cuando bajaba hacia tu vientre  
a desayunar, mientras afuera caía la nieve.  
Parece que la casa se encogiese.  
No sé si avanzar y hablarle del pasado,  
de asuntos que sólo yo y ella podríamos saber.  
Tampoco puedo volver mis pasos: no tengo otro lugar adonde ir.  
Dudo si quedarme aquí de pie,  
eternamente tal vez o hasta que muera de ruina.



## MEDITACIÓN SOBRE UNA COLINA YERMA

El Loco del Tarot marsellés no es lo mismo que la aparición del sol sobre las colinas yermas y atormentadas por una guerra que se extendió más allá de las mesas de verde cubierta: allí, las cartas desparramadas del mazo pueden mostrar todos sus símbolos; el colgado, la muerte, la torre, el mismo loco: en las colinas yermas de Montecasino no es nada igual, a pesar de su exasperante repetición en el paisaje de ruinas: hubo que bombardear el convento, lástima dijeron los yankees mascando su tabaco amargo; el colgado, ahí, cuelga de un árbol mustio, la muerte es la sombra que opaca el otrora esplendor de la torre abolida, y el loco merodea entre los cadáveres y los huesos tomándose con las dos manos la cabeza, antes que el sol se oculte y las sombras se tomen de la mano con la muerte y bailen su vals demente.



## UN RECUERDO DE INFANCIA

¿Por qué ese niño pequeño,  
rubio y desaliñado,  
hijo del ignorante cervecero del pueblo  
mira su torta de cumpleaños en mi recuerdo?  
¿Habrá regresado también él?  
Ahora debe tener mi misma edad, 15 años,  
creo haber visto su cadáver en las faldas de Montecasino.  
Una cara así no se borra,  
a pesar de los hematomas,  
a pesar de la sangre coagulada,  
las doce velas que arden en su torta de cumpleaños,  
y una lágrima le rueda por la mejilla,  
porque se ha acordado del funeral de su madre  
aún virgen y con menos años que él  
y sollozando mira a sus amigos  
y les dice, esto es una capilla ardiente,  
y antes de soplar las doce velas de su torta de cumpleaños sonríe,  
se enjuga la lágrima y repite,  
¡ay! esto es una capilla ardiente.

Tampoco puedo volver mis pasos al lugar donde él se fue.  
Dudo si quedarme aquí de pie,  
eternamente tal vez o hasta que muera de pena.



Mi padre me puso una mano en el hombro.  
Me dolió mucho, lo tenía irritado, lacerado, ulcerado:  
–Helga perdió el camino –me dijo– Lo siento, hijo.  
“Helga perdió el camino” pensé mirando  
el hueco del segundo piso por donde cagaban los yankees,  
una mancha que mi madre y mis hermanas friegan  
día a día. Esa mancha es lo peor.  
Mi madre le pasa un paño con agua jabonosa  
como si fuera un pecado sobre el piso de tablas.  
–Helga perdió el camino, –decía mi padre,  
mientras yo miraba a mi madre pasar y pasar  
un paño de agua jabonosa sobre  
la mancha de mierda que era como un pecado  
sobre el piso de tablas antaño brillantes y lisas,  
como era el vientre de Helga  
después de bañarnos y chapotear en el río.



## LA INVOLUCIÓN DE LOS PUEBLOS

“En silencio sobre la fosa”

miro la extensión de colinas yermas

y las manchitas azulinas de los campesinos

absortos en la recolección de no sé qué

tesoros ignorados entre el brezo de marzo;

¿nos volveremos, como nuestros despreciados

y reales antepasados, un pueblo recolector?:

¿de derrotas, de ladrillos rotos, de castañas amargas?



Helga me regaló hoy un Lucky Strike. Mientras yo lo pasaba de dedo en dedo con destreza –un truco que me enseñó un soldado norteamericano en los días de Montecasino, quizá para vencer su propio tedio–, después de haberlo olido y mirado dubitativo: “Vamos, fúmalo, decía Helga” y yo pensaba: ¿cómo sabría el tabaco alemán si nunca tuvimos tabaco alemán?



## TIEMPO DE MUERTE

*Di cuánto tiempo estamos muertos.  
El sol ha de brillar negro.*

George Trakl

Serpientes y viejas cornejas se pasean por la tarde  
del primer otoño después de la guerra,  
en silencio entre la fronda, ante el sotobosque,  
me miran y me guiñan un ojo y me ofrecen  
azúcar blanca, pan blanco, tabaco rubio.  
Esa es la hora en que converso con los muertos.  
Al comienzo eran conversaciones amables,  
un tanto melancólicas como las conversaciones de las tabernas  
cerca de la medianoche o a los crepúsculos de los domingos;  
pero después los muertos se han tornado obsesivos,  
bajo tierra, como están, se preguntan a cada momento  
por el sol, por el mediodía;  
éstos se han transformado en las palabras recurrentes  
de sus bocas llenas de tierra y muérdago:  
sobre todo quieren saber cuánto tiempo llevan de muertos,  
si acaso el sol se ha vuelto negro.



## EL DÍA DEL CABALLO NEGRO, DESBOCADO

Un vuelo desenfrenado de oscuros murciélagos han lanzado en desbandada a las muchachas que volvían al pueblo después de ordeñar las vacas y buscar leña seca para afrontar los fríos venideros. Las veo correr por la orilla pedregosa del camino, como si fuera hoy el día del caballo negro, desbocado, ante la aparición fantasmal de dos focos horadando los raídos olmos; un jeep con cuatro o cinco soldados borrachos que paran y se bajan y consuelan a las muchachas que lloran sobre la leche derramada.



Hegel envejece dialécticamente bajo los olmos  
esta tarde convaleciente de guerra,  
de ruinas, no, de escombros, que jamás podrán hablar,  
como el Coliseo, la Gran Muralla China, la Esfinge  
del desierto o los misteriosos santuarios de América,  
Macchu Picchu o Teotihuacán: el silencio es el poro  
acá en el concreto desperdigado, la espora, el  
silencio de cada ángulo, quicio, desquicio, y los  
huecos en el paisaje, lugares que tendrán que  
acomodarse al olvido; un albañil comunista  
escupiendo al cielo y al fantasma del Fürher dice  
“dialécticamente, resurgiremos”, y da una  
pitada a su cigarro rubio y quizá piense en las montañas  
Rocallosas o en la Estatua de la Libertad, allá, lejos,  
cerca, en América, donde hay cañones de piedra impensables  
en nuestras procelosas, umbrosas, verdes, oscilantes  
tierras donde Hegel envejece dialécticamente  
bajo los milenarios e inmutables olmos.



## LOS CUERVOS DE OCCIDENTE

El oro final se ofrece en ofrenda piadosa  
a mi rostro mirando las tierras de labor arrasadas  
ya no por el fuego de la muerte sino  
por la impotencia de las manos que, torvas,  
se hunden en ella como las de un padre viejo  
en el vientre de una joven madre  
que la vida ha desesperado en costra  
cuero, corno de caza, Nietzsche y Wagner  
siameses de un mismo rencor, en esta  
puesta de sol en el centro mismo de Occidente.  
El cielo, puros cuervos, dementes.



EL SOLDADO ERWIN KOPP LEE A GEORG TRAKL  
MIENTRAS SOBREVUELA EL FRENTE ITALIANO

“Sueño y muerte, las lúgubres águilas  
baten toda la noche su rumor en torno a esta cabeza”...  
leo el poema de Georg Trakl, escrito en el hospital  
de Cracovia, durante los meses más terribles  
de 1914, sintiéndose ya fuera del mundo,  
y guardando esperanzas sólo para Grete, la hermana  
ensangrentada de deseo, la monja desnuda y herida  
orándole al Salvador, todo el temblor del pecado;  
abajo, en los otrora silenciosos campos de labor,  
donde los campesinos y los pastores tocaban  
en sus flautas tedio y resignación, ahora,  
las estrellas han descendido y fulguran desde  
el barro y nosotros somos los portadores:  
las lúgubres águilas. Pienso en este poeta enfermo  
de la única enfermedad: la locura que a mí se me ha negado  
por esta otra, pariente mayor: el miedo.  
Pronto he de saltar sobre la tierra enfermiza e incendiada  
en un paracaídas que ya llevo puesto; nunca antes  
había volado, creo, que ni siquiera con la imaginación:  
me bastaba el follaje verde, las aguas legamosas  
del Danubio, el trigo y los cabellos de trigo de mis  
hermanos y hermanas, mi vieja madre, mi estoico  
padre; pero ahora el miedo me conmueve y consuela,  
no sé si el paracaídas se abrirá, si el cordel  
que he de tirar mientras me bamboleo como un  
monigote ahorcado desde el negro avión  
por un cordón umbilical invisible, surtirá algún  
resultado. En el hospicio de Cracovia,  
Trakl establece una ecuación horrible:  
“Cracovia= Georg Trakl”: ¿cuál será la mía,  
a qué sitio siniestro quedaré aplastado  
como las mariposas nocturnas en la nariz  
herrumbrosa de nuestro avión?



Pronto caeremos al rojo follaje de bombas sonoro  
y leo unos versos de Georg Trakl para la ocasión:  
“Gorriones se lanzan del cielo tibio  
a putrefactos verdes agujeros.”



# Índice

## I. ENCUENTROS EN EL TIEMPO

|                                     |    |
|-------------------------------------|----|
| Zombie .....                        | 11 |
| El hombre que bebía demasiado ..... | 14 |
| El audaz .....                      | 22 |

## II. ENCUENTROS EN EL ESPEJO

|                             |    |
|-----------------------------|----|
| Kafka .....                 | 29 |
| La muerte de Ginsberg ..... | 31 |
| Rimbaud .....               | 35 |
| Baudelaire .....            | 39 |
| Kafka II .....              | 41 |
| Sade .....                  | 44 |
| Thelonius .....             | 46 |

## III. ENCUENTROS CON FANTASMAS

|                                 |    |
|---------------------------------|----|
| El hombre de las nieves .....   | 51 |
| El Golem .....                  | 57 |
| Monólogo del sepulturero .....  | 59 |
| Hombre mirando al sudeste ..... | 63 |
| El mimo .....                   | 66 |
| Sueño .....                     | 71 |

## IV. ENCUENTROS EN EL INFIERNO

|                           |    |
|---------------------------|----|
| De los torturadores ..... | 77 |
| De los tiranos .....      | 78 |



V. ENCUENTROS AL FIN DE LA BATALLA

Finis Poloniae ..... 83

Introducción ..... 87

Una larga amistad de siete días ..... 89

El carnicero Rudolft Hesse ..... 90

Adán ..... 91

Regreso a casa (Primera versión) ..... 92

Regreso a casa (Segunda versión) ..... 93

Regreso a casa (Tercera versión) ..... 94

Meditación sobre una colina yerma ..... 95

Un recuerdo de infancia ..... 96

El pecado ..... 97

La involución de los pueblos ..... 98

Tabaco ..... 99

Tiempo de muerte ..... 100

El día del caballo negro, desbocado ..... 101

Hegel envejece bajo los olmos ..... 102

Los cuervos de Occidente ..... 103

El soldado erwin kopp lee a georg traktl ..... 104

Mientras sobrevuela el frente italiano ..... 104



Impreso en los talleres  
digitales de RIL editores ®

Teléfono 2254269

[ril@rileditores.com](mailto:rileditores.com)

Santiago de Chile, diciembre de 2001



Obtuvo el Premio Municipal de Poesía (1993) con *Cipango*; el Premio Consejo Nacional del Libro y la Lectura (1993) en la categoría de poesía inédita con *Los 7 náufragos* (obra publicada por RiL editores® en 1995 y 1997); el Premio Pablo Neruda 1995 y el Premio Casa de las Américas (La Habana, 1995) con el libro inédito *Crónicas maravillosas*.



¿Por qué ese niño pequeño,

rubio y desaliñado,

hijo del ignorante cervecero del pueblo

mira su torta de cumpleaños en mi recuerdo?

¿Habrá regresado también él?

Ahora debe tener mi misma edad, 15 años,

creo haber visto su cadáver en las faldas de Montecasino.

Una cara así no se borra,

a pesar de los hematomas,

a pesar de la sangre coagulada,

las doce velas que arden en su torta de cumpleaños,

y una lágrima le rueda por la mejilla,

porque se ha acordado del funeral de su madre

aún virgen y con menos años que él

y sollozando mira a sus amigos

y les dice, esto es una capilla ardiente,

y antes de soplar las doce velas de su torta de cumpleaños sonríe,

se enjuga la lágrima y repite,

¡ay! esto es una capilla ardiente.

ISBN 956284189-8



9 789562 841894